

CRISTIANDAD

Año XXVII - NUMERO 501

BARCELONA

NOVIEMBRE 1972

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

EL SENTIDO PERENNE
DE LA FIESTA DE CRISTO REY
Y UNA PARADOJA DE NUESTROS
DIAS

Roberto Cayuela, S. I.

UN POCO DE HISTORIA EN TORNO
A LA FIESTA DE CRISTO REY.
RAZONES DE UNA NUEVA FIESTA.
VENTAJAS DE ESTA FIESTA.
UNA SEGUNDA SUPLICA
A S. S. PIO XI.-LA CONSAGRACION
DE LAS FAMILIAS Y EL REINADO
SOCIAL DE CRISTO.-EL APOSTO-
LADO DE LA ORACION
Y LA CONSAGRACION DE LAS
FAMILIAS

EL APOSTOLADO DE LA ORACION
Y EL REINADO SOCIAL DEL
SAGRADO CORAZON.-LA IDEA
MADRE DEL APOSTOLADO DE LA
ORACION.-LA CONSIGNA DEL
APOSTOLADO DE LA ORACION.
PUBLICACIONES SOBRE EL
REINADO SOCIAL.-LA CONSAGRA-
CION DE GRUPOS SOCIALES

V. Genovesi, S. J.

GLORIA A MARIA ESPOSA
DEL ESPIRITU SANTO

Antonio Pactos, M. C. M.

AL MEDIO SIGLO, 1917
EN LA TEOLOGIA DE LA HISTO-
RIA. - RESUMEN DE LA GUERRA
EN 1917, PRINCIPALES HECHOS
BELICOS. XXXVII

Luis Creus Vidal

HABLEMOS MENOS
Y TRABAJEMOS MAS.
ESTAD SIEMPRE ALEGRES

Severiano del Paramo, S. I.

ADMINISTRACIÓN: Lauria, 15, 3.º-(10)

Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

HAY QUE VOLVER AL CAMINO

“Despreciada la religión, se han de derrumbar los fundamentos de la vida social. Y porque Dios castiga justa y merecidamente a sus enemigos, los ha entregado a sus propios caprichos.”

“De aquí surgen los males y por esto hemos de buscar la ayuda del Único que puede alejarlos de nosotros. **Ningún otro nombre se ha dado a los hombres bajo el cielo por el que nos hayamos de salvar.** Hay que recurrir pues al que es camino, verdad y vida” (León XIII).

Oímos cómo se abusa cada día de un dicho, inconsistente e insensato, según el cual se proclama al caminante la falsa profecía de que: **no hay camino, se hace camino al andar.**

“Sin camino no hay por donde andar.” La Iglesia, con el don profético de su Cabeza y Esposo Cristo ha dicho al mundo moderno: “Nos hemos desviado. Hay que volver al Camino”.

No hay otra paz verdadera sino la paz de Cristo. No hay paz de Cristo sino en el Reino de Cristo. Cuando los hombres queremos formarnos nuestros caminos, y salvarnos por nuestros mitos y nuestros planes, las conversaciones de paz son también ejercicio de la lucha mundial de la voluntad de dominio. Se clama paz, paz, **cuando no ha de haber paz.**

Son vanas las esperanzas de la humanidad contrapuestas y separadas de la esperanza en el Salvador, que invita al mundo con la ofrenda misericordiosa de su Soberanía de amor.

La paz de Cristo, en el Reinado de su Corazón. Para Él trabajaron todos los fieles innumerables, y las almas escogidas que alentaron su impulso que, por el culto público a Cristo en la Eucaristía, por las consagraciones individuales, familiares, nacionales. Y finalmente del mundo entero al Sagrado Corazón de Jesús, fueron el instrumento de la gracia divina para llevar a su Iglesia a proponer al mundo el mensaje expresado e institucionalizado en la fiesta de Cristo Rey.

El Apostolado de la Oración, nacido al servicio del Reinado social de Cristo tuvo parte muy especial en este movimiento. Nos ha parecido oportuno dar a conocer unos textos que reproducimos de la obra LA FESTA DI GESÙ CRISTO RE, publicada por El Mensajero del Sagrado Corazón de Italia el año 1926, en Roma.

EL SENTIDO PERENNE DE LA FIESTA DE CRISTO REY, Y UNA PARADOJA DE NUESTROS DIAS

La Causa o Empresa de Nuestro Señor y Rey, Cristo Jesús, es la más grande, importante y trascendental de todas las causas o empresas de todos los siglos.

El Divino Salvador, durante su vida terrena, y más concretamente en los tres años de su ministerio público, hizo un llamamiento a todos los hombres de su tiempo y de todos los tiempos, para que adhiriéndonos a Él por la fe y el amor, aceptando sus enseñanzas y siguiendo sus ejemplos, entrásemos en el Reino de Dios, el Reino que Cristo mismo vino a establecer en la tierra; y así, perteneciendo con sincera voluntad a este su Reino, mereciésemos, con su gracia, pertenecer al Reino eterno de Dios en la Patria bienaventurada.

Y aun completó este llamamiento, como patentemente se ve en el Evangelio, invitando a todos para que participásemos en su misma Empresa del establecimiento y dilatación del Reino de Dios, cooperando a ella con el mismo Cristo-Rey.

A lo largo de los siglos, año tras año, día tras día, sigue Cristo repitiendo su llamamiento en lo íntimo de las almas y por medio de su Iglesia, continuadora de su Empresa de salvación de los hombres en el Reino de Dios.

Y bien se ve que a un llamamiento ha de corresponder una respuesta; y así es que todos los hombres que por la gracia del Padre Celestial, por los merecimientos de Cristo Redentor y con la acción del Espíritu Santo, han oído la voz, soberanamente suave y fuerte, del llamamiento de Cristo-Rey, y han sido movidos con la misma gracia divina para corresponder a su llamada, lo han hecho, durante veinte siglos, con la respuesta de un "sí" fiel; muchas veces con la de un "sí" generoso; y aun no pocos con la de un "sí" heroico; repitiendo todos día tras día el "Venga a nosotros tu Reino", de la Oración Dominical.

Pero en nuestros tiempos, cuando era más necesario que, sobreponiéndose al tumultuoso ruido de ideas y costumbres adversas, resonase vivamente en las almas el llamamiento del Divino-Rey para que todos los hombres pertenezcamos en sinceridad y verdad a su

Reino; y aun para que entremos a la parte en su Causa, o sea para que participemos en su Empresa de la salvación humana en el Reino de Dios; ha establecido la Iglesia, por medio del gran Sumo Pontífice Pío XI, la Fiesta de Cristo-Rey, con el intento de que, al ampliarse con más fuerza y claridad, como con un potente "altavoz", el llamamiento de Cristo, tuviésemos todos una ocasión singularmente apropiada y eficaz para dar a la amorosa llamada del Señor la respuesta fiel y generosa con que correspondamos al amor y a la dignación con que nos invita a ser de verdad sus vasallos, y aun a tomar parte en su Empresa de extender y consolidar su Reino.

Éste es, pues, el sentido perenne de la Fiesta de Cristo-Rey; el día santo en el que, al renovar Cristo su llamada, hemos de renovar también nosotros el sincero deseo y el ardiente empeño de hacer cuanto esté en nuestra mano, con la divina gracia, para que la Causa de Nuestro Señor, la Empresa de Nuestro Rey, Cristo Jesús, tenga en nosotros, y por nuestro medio en los demás, aquella realización individual y social, privada y pública, que Cristo pretendió y sigue pretendiendo al llamarnos a su Reino, a ser nosotros "Reino de Dios"; a lo cual el mismo Cristo tiene plénísimo derecho por su Realeza, que confesamos con viva fe en esta solemne Fiesta; y a lo que nosotros estamos obligados a cooperar, por nuestra dichosísima condición de siervos de tal Señor y vasallos de tal Rey.

Y ésta es, en resumen, la magnífica doctrina de Pío XI, en su inmortal Encíclica "Quas primas" (11 de diciembre de 1925), en la que estableció la Fiesta de Cristo-Rey y explicó maravillosamente su significado y actualidad; pues el gran Papa, con sabiduría celestial, nos enseñó que Cristo no sólo tiene derecho al reinado sobre nuestra mente, nuestra voluntad, nuestro corazón y nuestra vida entera con todas sus actividades, ya que Él es Camino, Verdad y Vida nuestra; sino que también tiene derecho a reinar sobre todo el Cuerpo social de los hombres, fecundando con su doctrina e iluminando con la luz de su mensaje de salvación eterna todas las instituciones humanas, así

privadas como públicas. Y de esta manera, los que nos proclamamos fieles vasallos suyos, hemos de procurar serlo de verdad, ajustando nuestra conciencia y nuestras obras a su luz, y trabajando para que todas las cosas sean instauradas en Él, según el lema de san Pablo, "Instaurare omnia in Christo" (Eph., 1, 10). Y para esto, que todos le conozcan por la fe y le amen con adhesión firme y operante, para que todo el mundo, como totalidad humana, se configure y estructure a la luz de sus enseñanzas y de sus ejemplos, hasta que se vaya realizando el ideal de una genuina y auténtica Cristiandad, el Reino de Dios en la tierra, como Cristo vino a fundarlo.

Y bien se ve que para conseguir esta altísima finalidad, necesitamos dos cosas: llenarnos nosotros de Cristo, de su fe y de su amor, de su gracia y de su Espíritu, lo cual obtendremos con la oración y el estudio; y, en segundo lugar, con nuestra acción apostólica, para que una vez unidos nosotros con Cristo, fuente de toda verdad, de todo bien, de toda santidad, trabajemos activamente para llenar de Cristo al mundo y sus instituciones. Es nuestro deber la acción por el Reinado de Cristo; pero nuestra acción debe tener su fuerza en la oración, la privada y personal y la pública o litúrgica; pues en la oración se templan las armas para una acción en verdad cristiana y apostólica; la acción para el Reinado social de Cristo (Cfr. Monsegú, C. P., en "Verbo", diciembre 1971, págs. 988, 999).

Tal es el sentido perenne de la Fiesta de Cristo Rey; no otro es el fruto que de su celebración hemos de sacar.

EL CONTRASTE DE UNA PARADOJA DE NUESTROS DÍAS

Sobre un fondo blanco y luminoso campea y resalta más la oscuridad de un objeto opaco o negro. Así en nuestro caso; pues a la luz de este sentido perenne e importantísimo de la Fiesta de Cristo-Rey, se nos presenta más oscuro el contraste de una para-

doja que es muy frecuente en nuestros días, y que llega a una flagrante contradicción.

Incurren en tal paradoja y son víctimas de tal contradicción muchos de los que hoy día, ya de palabra, ya por escrito, tratan de la cuestión de si es individual o si es social el sentido de la Religión Cristiana y de la Iglesia de Cristo.

No nos referimos en modo alguno, claro está, a los que resuelven acertadamente esta cuestión; los que fieles a la verdad y siguiendo las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia, prueban convincentemente que la Religión Cristiana y la Iglesia en que ella se profesa auténtica e íntegramente, tienen a la vez un sentido innegablemente individual, y juntamente un sentido ampliamente social; lo uno y lo otro en concorde armonía.

Para pensar y sentir así les basta abrir las páginas del Evangelio y de las Cartas de los Apóstoles, donde se ve con diáfana claridad que, de un lado, son los individuos los que se han de salvar eternamente; y, de otro lado, que siendo personas individuales los que profesan la Religión de Cristo en la Iglesia de Cristo, mas no van solos; hacen su peregrinación terrestre formando el Pueblo de Dios, y constituyen un Cuerpo Social, que no es tan sólo un Cuerpo-social-moral, sino que también, y mucho más, un Cuerpo-social-místico, el Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Aun al orar privadamente, y lo mismo cuando oran comunitariamente, lo hacen con la oración del Padre



nuestro...

Los que así acertadamente piensan, son los que ante la verdad de la Realeza de Cristo, proclaman, como consecuencia de lo que creen, que Cristo es Rey de los cristianos y de la Cristiandad; es Rey de los individuos todos y de todas las sociedades humanas, porque es Rey del Universo.

Nos referimos, pues, tan sólo a los que, sacando las cosas de quicio, y ateniéndose a sus propias subjetivas opiniones, con aire de modernidad, y para seguir la "moda" socializante de hoy día, se atreven a decir que el Cristianismo tiene un sentido esen-

cialmente comunitario; y esto de tal manera y hasta tal extremo que, a lo menos prácticamente, si no ya de un modo también sistemático y doctrinal, rechazan el sentido también individual, del Cristianismo; y por eso, desestiman y desechan lo que es individual y personal: la oración privada, las actividades personales y aun la misma conciencia personal; para hacer resaltar, como único o casi único valor, lo que es social y colectivo o comunitario. ¡Cuánto de esto se oye en nuestros días, con manifiesto confusionismo y perturbación de las mentes!

Una palabra mágica, "Socialismo", y el sistema ideológico y práctico que esa palabra significa, lo está invadiendo ahora todo; y hasta se esfuerza incesantemente por penetrar en la mentalidad cristiana y en los mismos nervios de la organización divina de la Iglesia.

La humanidad se ve empujada hacia la *masificación*; se pugna por hacer desaparecer la conciencia *personal*, para sustituirla por la conciencia *de masa*. El aire que respiramos es un aire socialista o socializante; es la doctrina que tiende a anular el individuo, la persona, para que todo lo sea la sociedad; en todo lo cual hay latentes muchos errores y se incuban graves peligros de desviaciones doctrinales y morales teóricas y prácticas.

Para muchos, aun cristianos, la conciencia colectiva, por encima de todo; la vida comunitaria como la única conforme a las enseñanzas del último Concilio; el incentivo de la novedad y el culto a lo moderno alimentan estas doctrinas e inducen a seguirlas. Lo social es lo único.

NUESTRA REACCION, SINTIENDO CON LA IGLESIA

Ante tan increíble paradoja y tan palmaria contradicción de nuestros días, ¿qué nos corresponde hacer a los que con toda el alma queremos ser vasallos fieles de Cristo-Rey, y sus incondicionales cooperadores en su Empresa de conquista de todas las almas y de todos los pueblos para el Reino de la Gracia, en el Reino de la Iglesia, para el Reino de la Gloria, sino reaccionar denodadamente, sintiendo con la misma Iglesia, y para ello, apropiándonos lo que Ella siente y profesa sobre el Reinado Social de Jesucristo, mayormente en la admirable Liturgia de la Fiesta de Cristo-Rey?

Esto es lo más propio y característico de la Revista *CRISTIANDAD*, que ha sido siempre fiel a las enseñanzas que le dio su fundador, P. Ramón Orlandis; y

Pues bien; los que así piensan y enseñan; los que, según sus premisas, debían ser los primeros, ante la verdad de la Realeza de Cristo, en confesar y proclamar su Reinado Social, proceden inconsecuente y paradójicamente en sentido negativo; pues o relegan al olvido este Reinado Social del Divino Salvador, y no admiten las manifestaciones públicas, colectivas, sociales de él; o, avanzando más por las sendas del error, lo niegan de una manera abierta e insistente, renovando así las viejas doctrinas del viejo Liberalismo, tantas veces condenadas por los Papas; de aquel Liberalismo que ahora ha venido a convertirse en Progresismo-Modernismo, mucho más extendido y fuerte que el Modernismo de los tiempos de san Pío X.

Y ¿no es ciertamente una triste paradoja, y aun también una flagrante contradicción, el proclamar tan enfática y casi exclusivamente el sentido social y comunitario del Cristianismo y de la Iglesia, poniendo por encima de todo y de una manera por lo menos muy exagerada y a veces aun errónea, la colectividad, la conciencia colectiva, la asamblea y la vida litúrgica comunitaria, el valor único del espíritu social; y después de todo esto, cuando hablan u oyen hablar de Cristo-Rey, soslayar, olvidar y aun negar, a lo menos prácticamente, el sentido social de su Reinado, tildando de "triumfalismo" las manifestaciones públicas de la Sociedad, en su profesión de fe social y en su aclamación colectiva y comunitaria al Rey de todos los individuos y de las humanas sociedades todas?

que guarda como rico tesoro para su constante inspiración la doctrina del P. Enrique Ramière, en su obra "La Soberanía social de Jesucristo".

Como ayuda eficaz para esta nuestra decidida reacción, vamos a presentar lo que respecto al Reinado social de nuestro Divino Rey, profesa y siente la Iglesia en los *himnos* del Oficio Litúrgico de su Fiesta.

Cierto que al traducirlos en prosa castellana, perderá la expresión litúrgica no poco del robusto ritmo de los hermosos versos latinos, en sus brillantes estrofas; pero siempre quedará clara y patente la verdad que proclama en sus himnos la Iglesia; como también se mostrarán nitidísimos e incandescentes sus sentimientos al cantar a Cristo, Rey del Universo, y

por lo mismo, Rey de las sociedades, desde la Sociedad familiar, célula nuclear de todas, hasta la Internacional.

Son tres estos inspirados himnos: el de la Hora de Vísperas, el de la Hora de Maitines, y el de la Hora de Laudes.

HIMNO PRIMERO

A Ti, Rey de los siglos; a Ti, Cristo, Rey de las gentes; te confesamos único Árbitro de las mentes y de los corazones.

La nefasta turba clamorea: “no queremos que Cristo reine”. Nosotros, con unánime ovación, te aclamamos Rey Supremo de todos los hombres.

Oh Cristo, Príncipe de la paz: somete las mentes rebeldes; y congrega en un solo Redil a los desviados de tu amor.

Para esto pendes del cruento árbol de la Cruz, con los brazos abiertos; y muestras tu Corazón atravesado por la lanza cruel, y abrasado en fuego de amor.

Para esto te escondes en los Altares, bajo especies de pan y vino; derramando sobre tus hijos la salvación, desde tu Corazón traspasado.

A Ti te ensalcen con públicos honores los que gobiernan las Naciones; a Ti se te rindan los maestros y los jueces; a Ti te expresen las leyes y las artes.

Las insignias de los Reyes resplandezcan sometidas y consagradas a Ti; y Tú mismo somete a tu suave Cetro las Patrias y las familias.

A Ti sea la gloria, oh Jesús, que moderas los cetros del mundo; con el Padre y el almo Espíritu, por siglos sempiternos.

HIMNO SEGUNDO

Eterna Imagen del Altísimo; oh Dios, Luz de Luz; a Ti, oh Redentor, la gloria, el honor, la regia potestad.

Tú solo antes de los siglos, esperanza y centro de todos los tiempos; a Quien el Padre confió justamente el cetro real de las gentes.

Tú, flor de una casta Virgen; Cabeza de nuestra raza; Piedra que descendiendo de alta cumbre, llenas con tu mole el mundo entero.

La proscrita stirpe de los mortales, esclavizada por el horrible tirano, quebranta por Ti sus cadenas, y se reclama en justicia el Cielo.

Maestro, Sacerdote, Legislador; ostentas señalado con sangre en tu vestidura: “Príncipe de príncipes y Rey eterno de reyes”.

Con voluntad plena nos sometemos a Ti, que con todo derecho imperas sobre todos. Esta es la dicha de los Pueblos: vivir sometidos a tus leyes.

A Ti sea la gloria, oh Jesús, que moderas los cetros del mundo; con el Padre y el almo Espíritu, por siglos sempiternos.

HIMNO TERCERO

Despliega Cristo su ínclita Bandera, triunfando por toda la extensión del mundo. Oh gentes, venid suplicantes, y adorad al Rey de reyes.

No subyuga Él los reinos con matanzas ni por la fuerza ni por el miedo. Levantado en lo alto de la Cruz, atrajo todas las cosas con su Amor.

Oh dichosa por completo la Nación, a la que Cristo felizmente impera; la que se entrega a cumplir los preceptos, dados por Él al mundo.

Allí no vibran las impías armas; la paz establece con firmeza los pactos; sonrío la concordia; seguro se mantiene el orden público.

La fidelidad guarda los connubios; crece íntegra la juventud; florecen las castas familias con las virtudes domésticas.

¡Que esta deseada luz resplandezca para todos nosotros, oh Rey dulcísimo; que todo el Orbe, gozando de tu esplendente paz, te adore sometido a Ti!

A Ti sea la gloria, oh Jesús, que moderas los cetros del mundo; con el Padre y el almo Espíritu, por siglos sempiternos. Amén.

Así siente la Iglesia; así canta en su Sagrada Liturgia de la Festividad de Cristo Rey.

¿Se podía haber expresado más clara y bellamente, con más acierto y plenitud de sentido, la fe de la

Iglesia en el Reinado individual, familiar, social e internacional de Cristo, Rey del Universo?

Ante la triste paradoja antedicha, sea ésta nuestra viva reacción, sentir plenamente con la Iglesia.

ROBERTO CAYUELA, S.J.

UN POCO DE HISTORIA EN TORNO A LA FIESTA DE JESUCRISTO REY

El liberalismo y la respuesta católica

Las blasfemias de la impiedad y las diabólicas tentativas de la Revolución de sustraer al pacífico cetro del Rey de amor, Cristo Jesús, si fueron causa de lamentable ruina para tantas almas, produjeron —por cierto contra las intenciones de los autores— el efecto saludable de sacudir la conciencia de los católicos, para afirmar con más fuerza y exponer en toda su luz esta indiscutible verdad de nuestra fe, que Jesucristo es Rey no solamente de los individuos, sino también de las naciones, y de la sociedad como tal. Como es inseparable el hombre del ciudadano, así es absurda la concepción de individuos cristianos reagrupados en una sociedad teórica y prácticamente pagana. De ahí trae el origen aquel pacífico movimiento surgido en medio del pueblo cristiano, que lleva el nombre de *Reinado social del Sagrado Corazón*, al que aportaron la propia contribución las mejores inteligencias del clero y del laicado católico de nuestros días.

Limitado primero a combatir la monstruosa teoría del *liberalismo* y a divulgar su condena por la Santa Sede, viene poco a poco a tomar una forma más concreta y tomar como preciso objetivo la institución de una fiesta litúrgica, a fin de hacer más accesible a la masa de fieles la comprensión de esta verdad.

Iniciativa italiana

El primero que concibió la idea de una fiesta litúrgica especial de Cristo Rey que se adaptase eficazmente a traducirla en acto, fue, por lo que se sabe, el P. Sanna Solaro, S. J., de quien damos una breve biografía. Iniciativa pues del todo italiana.*

En 1897 habló de ello con el Excmo. Cardenal Parocchi, Vicario de S. S. León XIII del que recibió grandes alientos. Se puso a la obra y, ayudado de otros hermanos suyos, compuso un esquema de Misa y de Oficio, que presentó en 1889 a Mons. Manacorda, obispo de Fossano, el que dio juicio favorable. Llegado a Roma Mons. Richelmy, arzobispo de Turín, para recibir la púrpura cardenalicia se encargó de hacerla llegar al Papa. De hecho la Misa y el Oficio de Jesucristo Rey fue presentada a León XIII por el Emmo. Cardenal Parocchi. S. S. la leyó y la remitió para su examen a la Congregación de Ritos. La súplica

iba acompañada de las cartas postulatorias del Emmo. Cardenal Sarto, Patriarca de Venecia; Ferrari Arzobispo de Milán; Richelmy, Arzobispo de Turín; Manara, Arzobispo de Ancona; Svampa, Arzobispo de Bolonia, y de 35 arzobispos y obispos de Italia y de América del Sur.

Voces de los Congresos Eucarísticos

Los casos no pudieron seguir adelante de momento. Tal vez la Providencia dispuso que las naciones experimentarían con la conflagración europea, las horribles consecuencias de su insana apostasía de Jesucristo, porque en el desplome de todos los falsos sistemas políticos, mayormente sintieron la necesidad de buscar en Él sólo la salvación. Pero los buenos católicos —los cuales en verdad no tenían necesidad de la prueba, para convencerse de esta verdad, que sin Jesucristo no queda para los pueblos más que ruina y barbarie— no dejaron pasar la ocasión para insistir sobre el argumento de la soberanía social de Jesucristo, y nuevamente fue tenida en consideración la iniciativa del P. Sanna Solaro, S. J.

Así en 1911, en el Congreso Eucarístico Internacional de Madrid, se hizo el voto de que en todos los Congresos Eucarísticos se estudiaran los medios para promover en todos los pueblos el reino social de N. S. Jesucristo; en 1912 en el Congreso de Viena, el Canónigo Crepin, Superior de los Capellanes de Montmarte, y el P. Zelle, S. J., hablaron de la institución de una expresa fiesta de Cristo Rey de la sociedad; en 1914, en el Congreso de Lourdes, con unánime deliberación, fue decidido presentar a la Santa Sede una súplica a este objeto. Sobrevino la guerra europea que quitó toda posibilidad de ejecución.

Los pasos dados bajo Benedicto XV

En 1920 Mons. Berthoin, obispo de Autum y Paray-le-Monial, creyó llegado el momento de interesarse nuevamente de ello y habló con S. S. Benedicto XV que lo acogió muy benévolamente y se mostró favorable para examinar la proposición. Después de esta audiencia pontificia, Mons. Berthoin encargó al Presidente de la *Sociedad del Reinado Social de Jesucristo* de Paray-le-Monial, Conde George Noaillet, la oportuna ejecución. Éste, con encomiable celo,

* Véase pág. 298 de este mismo número.

ayudado por su gentil esposa, solicitó adhesiones en todas partes e interesó sobre todo a la Dirección del *Apostolado de la Oración* para que se pusiera al servicio de la noble organización en todo el mundo. Fue secundado su deseo, ya que la iniciativa respondía perfectamente a la iniciativa y a los fines que se propone la Pía Asociación, el *Reinado Social del S. Corazón* y había ya tenido valientes asesores en el P. Sanna Solaro, y todos los otros Padres de la Compañía de Jesús, que trabajaban en el Apostolado del S. Corazón.

En 1922 de la Dirección General del *Apostolado de la Oración* fue dirigida a todos los Directores de los *Mensajeros del S. Corazón* una circular indicándoles que sometieran a los Excmos. Obispos de las distintas naciones la súplica que damos traducida, solicitando su autorizada adhesión, para obtener de la Santa Sede, que, o con ocasión del Congreso Eucarístico Interna-

cional de Roma, o de cualquier otra circunstancia, se dignase instituir la fiesta del Reinado Social del S. Corazón.

(...)

Por otra parte esta fiesta sería en honor de Jesucristo, contrapuesta como afirmación solemne de Sus derechos ante el ateísmo oficial. Ella debilitaría el poder del príncipe de las tinieblas.

Además, por lógica consecuencia, manifestaríase del mejor modo a los pueblos la supremacía del Papa, como representante visible de Jesucristo.

Por fin atraería sobre las naciones las gracias de salvación que sólo pueden venir de Dios, alejando los peligros inminentes que le amenazan.

Por todas estas razones, después de haber invocado a la Virgen Inmaculada, San José, Patrón de la Iglesia Universal y S. Miguel defensor de los derechos de Dios.

BEATISIMO PADRE

El infrascrito, de nuevo postrado a Vuestros pies, suplicamos a Vuestra Santidad se digne acoger el voto de la fiesta del Reinado Social del S. Corazón, bendecirlo y aprobarlo; e imploramos de Vuestra Santidad, se digne ordenar que sea transmitido a S. E. el Cardenal Vico, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, a fin de que, con ayuda de la gracia divina, venga pronto sancionado por la autoridad suprema del Vicario de Jesucristo, del que nos profesamos, Beatísimo Padre, con la sumisión más absoluta, devotísimos.

Fueron numerosas las adhesiones recibidas desde el principio y fueron multiplicándose y creciendo de modo maravilloso, como se deduce del elenco que publicamos (2).

Un primer memorial presentado a S. S. Pío XI

Durante el Congreso Eucarístico Internacional de Roma (mayo de 1922) el Sr. de Noailat, Presidente de la *Sociedad del Reinado Social de Jesucristo* de Parayle-Monial, presentado por el Emmo. Cardenal Richelmy, Arzobispo de Turín y presidente de honor de la misma sociedad, y por S. E. Mons. Cerretti, Nuncio en

París, fue admitido a una audiencia privada por S. S. Pío XI y humildemente expuso las comunes peticiones. El Santo Padre, reflexionando sobre la importancia de la demanda, quiso un memorial sobre ella y prometió que se interesaría personalmente. El memorial fue puesto en manos de S. Santidad por el Emmo. Cardenal Gasparri, Secretario de Estado, el 17 de octubre de 1922.

El 26 de abril de 1923 el Conde de Noailat fue de nuevo a los pies del Santo Padre y pudo exponer a Su Santidad el unánime consenso que la iniciativa había encontrado en todo el Episcopado y las numerosas adhesiones obtenidas, especialmente por el interés de los PP. de la Compañía de Jesús. El Santo Padre contestó que recordaba el memorial y que una respuesta a sus aspiraciones ya estaba en la Encíclica "*Ubi arcano*" y que hacía falta insistir en estos esfuerzos,

(2) El libro *La Fiesta de Jesucristo Rey* del que tomamos estos datos publica las adhesiones del Episcopado y del mundo católico que demuestra el universal consenso de todos los países del mundo para la institución de la fiesta de Jesucristo Rey.

bendecidos y alentados por él. Si el *referendum* de la Iglesia docente había sido casi unánime se daba análogo movimiento en la iglesia discente, para preparar la opinión pública a este acontecimiento.

A principios del año 1924 el Emmo. Cardenal Laurenti resumía el pensamiento y las directivas del Papa sobre este argumento, en una carta al conde de Noailles:

1) El Santo Padre reputa el proyecto bellísimo, grandioso y muy conveniente. Precisamente por su grandiosidad requiere una actuación digna, grandiosa, mundial, que haga época y escuela en las almas.

2) Para conseguir el efecto deseado y dar al mundo la impresión exacta de ello, conviene una preparación extensa y profunda de las masas. El S. Padre citó como ejemplo la preparación a la definición del dogma de la Inmaculada Concepción y de la infalibilidad pontificia.

3) Para obtener esta preparación, se necesita mover y propagar la cuestión con la palabra y por escritos dirigidos a la idea, por todas partes, hacerla penetrar en las almas, también de los adversarios, porque será combatida, pero fácilmente se propagará. Su

Santidad sugería como medio la prensa ya sea periódica ya cotidiana. Tal preparación sería coronada con un acto solemne del Papa, que encontraría las almas dispuestas.

El trabajo de los Promotores

El trabajo gigantesco que se preparaba no desanimó a los intrépidos promotores de la santa iniciativa, que, siguiendo las directivas del Papa, multiplicaron sus esfuerzos par secundarle enteramente. Se solicitaron adhesiones no sólo del Episcopado sino también de las Asociaciones, de las Parroquias, de cada uno de los fieles. En los Congresos Eucarísticos se introdujo casi siempre un voto para pedir la institución de la fiesta de Jesucristo Rey de la sociedad, y por medio de la prensa se llamó la atención del público sobre esta idea.

Fueron impresos modelos para dar conocimiento a los fieles de la iniciativa y para obtener adhesiones. Reproducimos la fórmula que fue difundida para suscribirla.

PETICION

PARA LA FIESTA DE JESUCRISTO REY UNIVERSAL DE LA SOCIEDAD O FIESTA DEL REINADO SOCIAL DEL SAGRADO CORAZON

bajo los auspicios y con la alta aprobación de Su Eminencia
el Cardenal LAURENTI, Prefecto de los Religiosos
el Cardenal DUBOIS, Arzobispo de París
el Cardenal MAURIN, Arzobispo de Lión

RAZONES DE UNA NUEVA FIESTA

Es indudable para los católicos, que la salvación de la Sociedad, profundamente perturbado, no se puede obtener sino por medio de la restauración del *orden social cristiano*.

Ahora bien, el principio sobre el que descansa, es la *Realeza social de Jesucristo*. Jesucristo, efectivamente, no solamente es Rey del universo, Rey de la verdadera Iglesia y de las almas, Rey de aquel complejo de relaciones que los hombres tienen entre sí, y, por consiguiente, de toda la sociedad natural:

Familia, Ciudad, Nación, y bajo ésta, de las sociedades parciales que serían las profesionales. Rey que ejercita su suprema y universal autoridad por amor y con amor. *Esto es el Reinado Social de Jesucristo.*

Pero ¿cómo iluminar las mentes oscurecidas por el error en torno a esta verdad esencial, negada por la Reforma protestante y por la Revolución francesa, casi en todas partes? (El artículo 3 de la “Declaración de los derechos del hombre” desgarró la Soberanía de Jesucristo y la transfirió al pueblo.) Más de 450 Cardenales, Arzobispo y Obispos contestaron: *Con la proclamación solemne de los derechos soberanos de Jesucristo por medio de una fiesta litúrgica mundial.*

La voz de la Iglesia católica es siempre la más universalmente escuchada, si no obedecida, y una fiesta constituye para el pueblo la más clara definición de una variedad.

VENTAJAS DE ESTA FIESTA

1) Primeramente sería una Reparación y un Homenaje solemne a Jesucristo Rey de toda la Sociedad. Esta espléndida afirmación de sus Derechos soberanos ante la negación del ateísmo social debilitaría por sí misma el poder del príncipe de la mentira.

2) La supremacía espiritual del Papa, representante oficial de Jesucristo, sería realzada ante el pueblo.

3) Serían iluminadas las almas impregnadas del error que la religión es un asunto privado, y se convencerían que la Sociedad no puede vivir y prosperar sin someterse a la doctrina y a la moral de su Rey.

4) La voluntad de los católicos sería robustecida para el cumplimiento de sus deberes sociales, trabajando para restablecer la paz en la sociedad por medio del Reino de Amor de Cristo.

5) Esta fiesta en fin serviría para que la Sociedad conociera que la gracia salvadora no puede venir más que *de lo alto*.

Por eso todos los católicos cuidadosos de la salvación de sus familias y de su patria de la anarquía, suscriben y hacen suscribir esta demanda:

DEMANDA

Beatísimo Padre:

Humildemente postrados a los pies de Vuestra Santidad, unimos nuestras voces a las de más de 400 Príncipes de la Iglesia, para suplicaros que os dignéis instituir la fiesta de Jesucristo Rey universal de la Sociedad, o sea la fiesta del Reinado Social del S. Corazón.

Este ejemplar de la súplica, que fue distribuida por millares y miars de copias entre los fieles, oportunamente comentada por los sacerdotes en sus iglesias y por la prensa católica. Muy pronto fue cubierta de

firmas no sólo de sencillos fieles, sino también de insignes personajes, y tuvo la adhesión de muchísimas asociaciones y entes morales.

(...) En Italia todos los PP. de la Dirección Nacio-

nal y los Promotores regionales del *Apostolado de la Oración* no dejaron pasar la ocasión, ya con la palabra, ya con los escritos, de promover la idea; las adhesiones del Episcopado italiano fueron de casi la totalidad. También en el resto del mundo el mayor número de adhesiones fue de la Compañía de Jesús.

Es obligado tributar una alabanza al P. Galileo Venturini, que en los Congresos Eucarísticos y del *Apostolado de la Oración*, y en sus brillantes predi-

caciones por las ciudades de Italia no dejó casi nunca de tratar la idea del *Reinado Social del S. Corazón*. Fueron los PP. de la Dirección Nacional del *Apostolado de la Oración* en Italia que de acuerdo con el Presidente de la *Sociedad del Reinado Social de Jesucristo* de Paray-le-Monial, prepararon un primer esbozo del oficio y la misa para presentar a la S. Congregación de Ritos.

UNA SEGUNDA SUPLICA A S. S. PIO XI

SOCIETATES — A REGNO SOCIALI JESU CHRISTI SIGNORE NOSTRO ET APOSTOLATUS ORATIONIS — INNITENTES TRECENTIS (1) PETITIONIBUS — EPISCOPORUM TOTIUS FERRE ORBIS — PIO XI — PONTIFICI OPTIMO MAXIMO HUMILITER ROGANTES — PRO LITURGICA REVISIONE APPROBATIONE — INSTITUTIONE.

O sea: La Sociedad del Reinado Social de Jesucristo Señor Nuestro y la Asociación del Apostolado de la Oración, fortalecida por la adhesión de más de 300 Obispos de casi todo el mundo, piden humildemente a Su Santidad Pío XI, Sumo Pontífice, la revisión y aprobación litúrgica y la institución.

El anuncio oficial

“Profundamente conmovido al considerar tantas y tan graciosas preparaciones de la divina bondad y misericordia, venimos pensando desde hace tiempo cómo podemos mostrar nuestro reconocimiento, interpretando la de la gran Familia Católica, y pedimos con el Salmista: *Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?* Nos sugiere la respuesta a la imponente y casi increíble multiplicación de súplicas e instancias de todas partes del mundo y de toda clase de personas (encabezada por vuestro Sacro Colegio, Venerables Hermanos), dirigidas a Nos para la institución de una fiesta propia de la Realeza de Jesucristo Señor Nuestro. Por una parte nos ha parecido ya maduro el tiempo de secundar el pío, nobilísimo y ya largo deseo de tantos corazones; por otra nos parece en esa petición oír la voz de la Iglesia, de la mística Esposa del Rey divino. Hemos creído hacer cosa grata recomunicándoos a Vosotros, Venerables Hermanos, el primer anuncio oficial de que está a punto y pronto será publicada la encíclica que promulga la nueva festividad, exponiendo el significado, los motivos, la modalidad; pronto los textos para la Misa y para la celebración del día. A punto también el Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos que no obstante su inmenso trabajo, dedica al nuevo y altísimo tema diligente e iluminada atención.

Será para Nos un nuevo y exquisito gozo entre otros de este Año Santo sobreañadido por la infinita clemencia y dignación del amabilísimo Rey divino,

de celebrar la primera misa de su universal Realeza; y lo haremos solemnemente sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles el último día de este año de bendiciones para que sea el día de acción de gracias por los innumerables e inestimables beneficios que este año han llovido sobre Nos y sobre toda la Iglesia. Será además ésta una prueba de la bondad del divino Rey, dignarse Él engrandecer la corona litúrgica que le ofrecemos en nuestra humildad. Y también otra corona Le ofrecemos, que no podrá dejar de agradarle, una inmensa corona de corazones con la renovada consagración del género humano a su santísimo Corazón que le hace Rey de los corazones y Rey de amor. Con estas soberanas querrá el divino amabilísimo Rey nuestro, como una gran bendición final, coronar este año, que con el Salmista podemos bien llamar el año de su bondad: *benedices coronas anni benignitatis tuae*".

LA CONSAGRACION DE LAS FAMILIAS Y EL REINADO SOCIAL DE CRISTO

Dogma y piedad

Recorriendo la historia de la Iglesia, a través de sus luchas y sus triunfos, nos encontramos casi siempre con este hecho sintomático: junto a su enseñanza solemne y oficial, al definir cualquier verdad, al condenar cualquier error, se observa siempre en la masa un análogo movimiento, convergente al mismo fin. O sea que la Iglesia con solemnidad de juicio anuncia al mundo, como verdad de observar, o como error a huir, en la práctica de la piedad cristiana viene a asumir una forma concreta, en un hecho o en un símbolo que podría llamarse la síntesis de aquello que la Iglesia enseña, el remedio saludable para mantenerse en esta fe y a prevenirse contra los opuestos errores.

Admirable fecundidad de la doctrina católica, que no es una compilación de áridas fórmulas, como blasfeman los sectarios de todas clases, periodistas y escritores vendidos, sino que es semilla vital, que depositada en el alma produce formas variadas de piedad y frutos suavísimos de virtud.

El liberalismo y la familia

Lo que caracteriza el siglo XIX es el *liberalismo*, este error proteiforme, que contamina todo lo que toca con su inmundicia, y cuyo dogma fundamental es la independencia del hombre respecto a Dios. Viene aplicado a la política y a nosotros nos llama *pueblo soberano*; aplicado a la enseñanza de la escuela

la *neutra* arreligiosa e irreligiosa; viene aplicado a la religión y la desconecta de su carácter social, reduciéndola a un simple *negocio privado de conciencia*; se aplicó a la familia y nos ha dado el llamado *matrimonio civil*.

La Iglesia fulminó con sus definiciones todos estos errores, y de ahí la reacción manifestada en el pueblo cristiano. Y por lo que respecta a la familia, que el liberalismo quiere desacralizar, han venido propagándose y tomando arraigo dos bellas formas de piedad, que podrían llamarse la enseñanza vivida de la Iglesia en torno a las nupcias, el compendio de su doctrina respecto al matrimonio: la *Asociación de las Familias consagrada a la S. Familia de Nazaret*, la *Consagración de las Familias al S. Corazón*. La primera mira particularmente a la familia como sociedad doméstica, y tiende a reformar las costumbres según los ejemplos admirables de Jesús, María y José; la otra considera a la familia como célula primera de la sociedad civil, y mira a impugnar el principio fundamental del *liberalismo*, promoviendo, a través de la familia, el reconocimiento social de la soberanía de Jesucristo.

La primera iniciada por el P. Filipino Francoz de la Compañía de Jesús, tuvo su aprobación por un Breve de Pío IX de 5 de enero de 1870; la otra salió del seno del *Apostolado de la Oración*, directamente de los mismos Padres de la Compañía de Jesús y no cesa de ser recomendada de los Sumos Pontífices como Obra "*entre las más santas y providenciales*", según se expresaba el S. Padre Pío XI.

Para que se comprenda plenamente la fuerza de esta expresión, veamos qué cotribución había aportado la *Consagración de las Familias* para establecer la soberanía del S. Corazón en los hogares cristianos. Y para proceder con orden y claridad, acudiré a la historia, explicaré su fin y su naturaleza y por fin indicaré algunas sugerencias prácticas para que la pía ceremonia se cumpla según las directivas queridas y qué frutos nos prometemos.

Origen de la Consagración de Familias

¿Cuándo y de qué toma el origen la *Consagración de las Familias* al S. Corazón?

A mí me parece que la *Consagración de las Familias*, como en general todas las formas de piedad hacia el Corazón divino, ahora en uso en el pueblo cristiano, remontan a las revelaciones de Paray-le-Monial.

Precisamente ha sido por otros observado que en la misión divina confiada a Santa Margarita debemos distinguir dos períodos. El primero tiene por fin el *culto individual* al S. Corazón, el otro el *culto social*. Jesús invita a los individuos a consagrarse a Él con la dulce promesa que *no perecerán nunca*; invita a las familias a las que concederá *el don de la paz*, dará la *abundancia de sus gracias*, si la imagen de su Corazón divino es *expuesta y venerada en sus casas*; invita a las naciones con el mensaje al Rey de Francia Luis XIV.

Pero la *Consagración de la Familia* en forma concreta como se practica, con el fin específico a que mira, el reconocimiento social de la soberanía del S. Corazón, con la organización que se presenta, es de fecha más reciente, y nosotros la vemos resplandecer como fulgida gema entre las santas iniciativas promovidas por el Apostolado de la Oración.

Primeras manifestaciones

A principios de 1889 había sólo manifestaciones esporádicas, tales que hacían entrever el maravilloso desarrollo actual. Resumiremos algunas notas históricas del R. P. Venturini publicadas en la *Revista del Clero Italiano* (Set. 1923, pág. 521).

Durante el Concilio Vaticano, el P. Enrique Ramière, S.J., entonces Director General del *Apostolado de la Oración*, teólogo conciliar del Obispo de Beauvais y procurador del Arzobispo de Chambéry, lanzó un primer programa de consagración al S. Corazón, que recogió la adhesión de centenares de miles de fieles del mundo entero, y de 272 obispos presentes al

Concilio; interrumpido éste, el P. Ramière por consejo de Pío IX, desde Tolosa, en 1874, de acuerdo con el Arzobispo diocesano, renovó la invitación. Se adhirieron 534 obispos con este programa puntualizado, que la gran familia de la Iglesia católica se consagrara a aquel Corazón divino por medio de su cabeza visible, el Papa, las diócesis por medio de sus pastores, las familias de las órdenes y congregaciones religiosas por medio del superior general, *las familias cristianas por medio de su cabeza*.

El movimiento de consagración de cada una de las diócesis (1) y de las órdenes religiosas, iniciada a fines del 1873, culminó el 16 de junio de 1875, con la consagración de todo el *Orbe católico* hecha por Pío IX y se integró el 9 de junio de 1899 con la consagración de todo el *género humano*, la gran familia redimida, efectuada por León XIII.

Primera fase

La consagración de las familias cristianas se desenvuelve por fases. La primera crece en 1873, o sea después de la invitación del P. Ramière. La Hermana Dorothea de Lisbona, que se había dedicado a promover, bajo la dirección de un padre jesuita el *Apostolado de la Oración*, y especialmente la M. María del Patrocinio, que había sido dama de la corte, fueron las primeras celadoras entre las familias de los descargadores del puerto, en la forma que hoy se acostumbra. Las gracias seguían, y con frecuencia las buenas vecinas decían conmovidos a la M. Patrocinio: “¡Sabe que nuestra casa ha mudado de aspecto! Nuestros maridos no blasfeman, los hijos son devotos, todos oramos unidos ante aquella sagrada imagen, y gozamos una paz paradisiaca” (1).

Segunda fase

Esta primera fase tuvo un desenvolvimiento solamente local, e igualmente local fue la segunda fase, debida a F. Teodoro Wibaux, S.J., que en 1882, después de haber experimentado en su propia familia los efectos benéficos de la consagración al S. Corazón se hizo apóstol personalmente entre los labriegos y los pescadores de la isla de Jersey, en la Manica, donde entonces estudiaba teología, y por carta entre los adscritos al *Apostolado de la Oración* y los devotos del S. Corazón. En su llamada Wibaux insiste que la consagración, precedida de la S. Comunión hecha al mismo tiempo, sea “oficial” o sea llevada a cabo con un “acto público en la familia” en cuanto tal, “con solemnidad” efectuándola “con el ministerio de un sa-

cerdote después de la Comunión, o por lo menos en la intimidad del hogar doméstico". Y propone renovarla "todos los años, por la mañana o durante el día de la fiesta del S. Corazón y en toda otra circunstancia según la devoción.

La llamada de Wibaux encontró benévola acogida en Paray-le-Monial en Lille y en Tolosa, donde el Sr. Belcastel leyó en nombre de la familia reunida en la Capilla de la Visitación la fórmula que el *Apostolado de la Oración* había propuesto. No sólo la fórmula, sino que el *Apostolado de la Oración* entonces publicaba un pequeño reglamento en tres artículos concernientes al fin, la utilidad y la práctica de esta Consagración (2).

Pero donde tomó más vuelo la *Consagración de las Familias*, siempre en esta segunda fase, fue en Marsella. El canónigo Gastaud, director diocesano del *Apostolado de la Oración*, la promovió con ardor. "Mil cincuenta y cuatro familias han sido ya consagradas—escribía en agosto de 1882 la presidenta de las ceadoras del *Apostolado de la Oración* al Mensajero del S. Corazón— con una piedad edificante, agrupándose veinte familias por vez a arrodillarse a la Santa Mesa (en la capilla del Monasterio de la Visitación) con un cirio en la mano, y recibiendo como recuerdo de la Consagración un cuadro del S. Corazón y un escapulario del mismo S. Corazón. El cabeza de la primera familia de todo el grupo leía la fórmula en nombre de la suya y de las otras diecinueve.

Que se trataba de un fervor pasajero se deduce de esto, que en cuatro años el número de las familias consagradas, en la sola ciudad de Marsella, llegó a diez mil.

F. Wibaux había propuesto que la consagración pudiese hacerse o en la Iglesia o en casa; las circunstancias decidían elegir uno u otro medio. Y mientras en la primera fase de Lisboa (1873) la consagración fue llevada a cabo dentro de cada una de las casas, en la segunda fase que culminó en Marsella se hacía en la iglesia, no colectivamente, sino a una determinada familia o a un grupo de familias.

Tercera fase

La tercera fase se efectúa en 1889. En este año la *Consagración de las Familias* adquiere una amplitud mundial y aparece maravillosamente encuadrada en el *Apostolado de la Oración* como obra universal, organizada, permanente.

Como obra universal, porque inserta en el mismo cuadro del *Apostolado de la Oración*, como complemento del grandioso programa de la Pía Asociación,

el advenimiento del Reinado del S. Corazón, como en seguida se dirá.

Como obra permanente, según venía declarado en el programa ya lanzado: "Bendecimos a la divina Providencia por el maravilloso resultado conseguido. Por otra parte esto no es más que el principio. El *Libro de Oro* de las consagraciones, se abrió en 1889, ya no lo cerraremos" (2).

Resultados obtenidos

Un poco de estadística, si bien muy incompleta, nos dará la prueba. Las cifras se refieren sólo hasta 1923.

En Italia, desde que la *Consagración de las Familias*, fue adherida al *Apostolado de la Oración*, son 160.000 los nombres de las familias consagradas, depositado en el santuario nacional del *Jesús* de Roma. Estas consagraciones fueron hechas todas ellas en presencia de un sacerdote, porque no se tienen en cuenta las colectivas hechas en la Iglesia.

En Irlanda, el mes de octubre de 1921, fueron enviados a Paray-le-Monail cuatro volúmenes del *Libro de Oro*, conteniendo 200.000 nombres de familias consagradas, y ya se estaban preparando otros dos volúmenes. Las escuelas y los colegios consagrados son otros 4.000 que comprenden a 120.000 alumnos (1).

En el Canadá las familias consagradas son 132.000, pero la estadística es inferior a la realidad. De 1914 a 1917, en la sola provincia de Quebec, habían 35 monumentos al S. Corazón con reconocimiento oficial; 20 ciudades y localidades consagradas por la misma autoridad municipal; 91 parroquias consagradas colectivamente y después cada uno de los hogares por el cabeza de familia.

En Polonia las familias consagradas son más de 66.000 y entre parroquias y asociaciones 206. Hay que notar que la consagración de toda la nación, fue hecha por el Cardenal Primado en 1921.

En Checoslovaquia la *Consagración de las Familias* organizada recientemente. De junio de 1922 hasta abril de 1923 los nombres de las familias consagradas, cuya noticia llegó a *Posol*, órgano del *Apostolado de la Oración*, fueron 308 (1).

En el Tirol el *Libro de Oro* de las familias consagradas, depositado en la basílica del S. Corazón de Hall, registra 50.000 nombres.

En Siria, Palestina, Egipto, Mesopotamia, son alrededor de 3.000, pero la cifra está muy por debajo de la verdad, porque no todos los directores de los centros (como también ocurre en otras partes) no son muy diligentes al remitir las estadísticas.

(...)

EL APOSTOLADO DE LA ORACION Y LA CONSAGRACION DE LAS FAMILIAS

Esta breve historia de la *Consagración de las Familias* y del resultado obtenido en la que claramente aparece el mérito del *Apostolado de la Oración* en la iniciación y promoción de esta práctica tan benéfica.

Este mérito fue reconocido por la Santa Sede, por lo que Benedicto XV de s. m., después de maduro examen autorizadamente confiaba el *Apostolado de la Oración* la organización de la *Consagración de las Familias* en Italia, en carta de la Secretaría de Estado de fecha 10 de mayo de 1918 a todos los Ordinarios de Italia. En seguida esto mismo fue hecho para Polonia y Brasil.

Por eso, en línea jurídica el *Apostolado de la Oración* tiene derecho a organizar la *Consagración de las Familias* en todo el mundo, de organizarla exclusivamente en Italia, Polonia y Brasil (3) esta decisión ha sido confirmada bajo el reinado del Pontífice Pío XI (4).

Fin de la Consagración de las Familias

¿Cuál es el fin de la *Consagración*? En parte ya se ha indicado: apresurar en las naciones el *Reinado Social del S. Corazón*, reconocer sus inalienables derechos soberanos.

Digo reconocer sus derechos soberanos, y no ya ofrecerle o colocarlo sobre un trono, que ninguno le ha quitado nunca y del cual no será nunca desposeído, ya que Él es siempre Rey, y no quiere abatir su cetro amor bajo la vara de su justicia. Con la *Consagración* se tiende a RECONOCER la soberanía de amor, única que puede causar la salvación de los hombres, ya que si el reino de la justicia redundo igualmente en la gloria de Jesucristo, no coincide siempre con lo más ventajoso para todas y cada una de las criaturas. También los condenados del infierno glorifican a Jesucristo, pero ¿con qué provecho?

La *Consagración* pues, es el necesario complemento del *Apostolado de la Oración* nacido con el preciso programa de trabajar para el advenimiento de este *Reinado social del S. Corazón*. *Adveniat regnum tuum!* es el lema que brota de los labios de sus ad-

critos, que se adorna su enseña: el advenimiento del reino del amor, en oposición al reino del pecado, establecido por el *liberalismo*; el reconocimiento de los derechos de Dios, en oposición a los pretendidos *derechos del hombre*, proclamados por la Revolución francesa.

Para actuar este programa el *Apostolado de la Oración* se dirige a los *individuos*, y mira de reconducirlos a Jesucristo con la práctica de sus *tres grados*, breve compendio de la vida cristiana; se dirige a las *familias*, y en ellas procura establecer la soberanía de amor de Jesús con la *Consagración*; hace sentir también su influencia en la *sociedad*, divulgando con su prensa las grandes ideas cristianas, expone las "intenciones" mensuales explicándolas a los socios, invitándolas a rogar por ellas.

Y que esto no es una reconstrucción póstuma, vémoslo por las circunstancias históricas que determinaron este movimiento, y de las explícitas declaraciones de quienes lo propusieron y dirigieron.

El doble centenario del 89

Damos en compendio el razonamiento que sirvió de exordio:

La llamada del Apostolado de la Oración

El primer año (1888) fue grabada por la Dirección general del *Apostolado de la Oración* una espléndida y gran imagen en cromolitografía (34 × 27 cm) a fin de recordar el centenario de una famosa visión que tuvo santa Margarita Alacoque en la que fue confiado a la Hija de la Visitación el dulce encargo de dar a conocer la devoción al S. Corazón a los padres de la Compañía de Jesús la honorífica misión de hacer apreciar su valor y sus ventajas.

Dicha imagen representaba al divino Redentor sentado en un *trono*, con la *corona real* en la cabeza y el corazón abierto en el pecho. A ambos lados la Virgen y san Francisco de Sales; a los pies y de rodillas

por una parte santa Margarita Alacoque y por otra el venerable padre Claudio de la Colombiere, jesuita, su director espiritual.

(...)

También el himno de las familias consagradas, que en aquella circunstancia fue publicado, expresaba los mismos conceptos:

Reina sobre nosotros que proclamamos juntos
tus derechos de soberanía.

Universalidad de la Consagración de las Familias

Este movimiento fue iniciado en seguida en todas partes. En Italia habló de él la *Civiltà Cattolica* (1) y el *Messaggero* del *Apostolado de la Oración*; y la venerable Catalina Volpicelli, ferviente celadora del *Apostolado de la Oración* en Nápoles, compiló los nom-

bres de 45.000 familias meridionales que hicieron la *Consagración*. El *Mensajero* de los Estados Unidos terminaba también un artículo todo afinado a la idea del *Reinado Social*: "Que cada una de nuestras casas, venga a ser pues, en este año, un verdadero santuario, en el cual, postrados ante la imagen del adorable Corazón de Jesús, nos ofrezcamos y consagremos a Él todos los corazones de este pequeño reino (la familia) que son la base y el fundamento de toda la sociedad humana" (3).

De cuanto se ha expuesto queda evidentemente demostrado, que la idea de la soberanía social de Jesucristo por medio de la *Consagración de las Familias* a su Corazón divino lejos de ser un elemento rémora extraño coaccionador en nuestros días, nos es inserta desde su origen y connatural con ella. Esta conclusión se confirma en la encíclica *Quas primas* de S. S. Pío XI, que habla de los antecedentes de la Fiesta de Cristo Rey.



EL APOSTOLADO DE LA ORACION Y EL REINADO SOCIAL DEL SAGRADO CORAZON

Los deseos del S. Corazón, de ver consagradas a El Francia y las naciones, son insatisfechos. Humanamente hablando, atendida la laicización de los Gobiernos, no es de esperar que pueda satisfacerse hoy. Así pues no siéndonos posible consagrar oficialmente las naciones, consagraremos oficialmente las familias que son *la célula fundamental* de la sociedad civil, extendiendo esta santa cruzada para restaurar los derechos de Dios en todas las familias católicas y haciéndola *universal*.

LA IDEA-MADRE DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

El fin que nos proponemos en este artículo es poner de relieve las íntimas relaciones entre el *Apostolado de la Oración* y el Reinado Social del Sagrado Corazón, no ya fundándose en hechos contemporáneos, sino retrocediendo a los orígenes de la Pía Asociación, porque históricamente aparecía no ser de fecha reciente sino que pacíficamente estaba en dicha Asociación y constituía su idea madre. Queremos demostrar que el Apostolado de la Oración nació y se desarrolló con este preciso programa de promover *directamente* el Reinado social del Sagrado Corazón.

Decimos *directamente* porque es claro que cualquier forma de piedad, ya individual ya organizada, conduce por modo indirecto, por reflejo, al reconocimiento de los derechos soberanos de Jesucristo. Si formamos buenos cristianos, tendremos también buenos ciudadanos, que llevarán la saludable influencia de su fe a su vida pública.

Que el Apostolado de la Oración promueva de este modo el reino social del Sagrado Corazón, no hay quien lo dude. Ello se inculca y se pone como principios de todos los medios principales de santificación dejados por Jesucristo a su Iglesia, como son el espíritu de oración, la devoción a la Virgen; los santos Sacramentos; medios que usados como se debe, conducen a una vida intensamente cristiana. Pero de este modo no sólo el Apostolado de la Oración, sino todas las otras Asociaciones, como las Terceras Órdenes, las Confraternidades, etc., aportan una gradísima contribución al reconocimiento de la realeza de Jesucristo.

No sólo de este modo, decimos nosotros, que el Apostolado de la

Oración coopera al advenimiento del reinado social de Jesucristo, sino también de un modo *explícito* y *directo*, a formar el programa de la mundial Asociación del divino Corazón, el fin que persigue y la última meta a que tiende.

Nos contentaremos ahora en compendiar los principales argumentos históricos.

El Apostolado de la Oración nació de esta consigna *Adveniat regnum tuum*, que especifica el fin y el programa. Las circunstancias históricas a las que debe su origen y explican su causa. Debía ser el antídoto saludable a las máximas perversas proclamadas por la Revolución francesa; se trataba de contraponer al ateísmo que había penetrado en las naciones el reino social de Jesucristo.

Dominados por esta idea grandiosa, los beneméritos iniciadores de la Pia Asociación, principalmente el P. Enrique Ramière, se dedicó a la búsqueda de medios para ponerla en práctica. Y el más oportuno entre estos medios parecióle la devoción al Sagrado Corazón de la que el *Apostolado de la Oración* era la forma fácil y popular.

“El *liberalismo* revolucionario —escribía el P. Ramière— hace entrever a los hombres la emancipación de la soberanía de Jesucristo como la verdadera libertad de las almas y de los pueblos. La devoción al Corazón de Jesús, por el contrario, hace ver, en la total sumisión al amor de este divino Salvador, el ideal de la libertad, la condición esencial del perfecto dominio sobre sí mismo y la felicidad del consorcio civil. Esta devoción pues, es el antídoto del liberalismo.

”En una palabra, la Revolución es el repudio completo de Jesucristo, la completa separación de la humanidad de su Cabeza divina, la rebelión declarada de la tierra contra el cielo. La devoción al S. Corazón de Jesús es la perfecta unión de los hombres con el Hombre-Dios, el vínculo más estrecho que pueda unir la tierra con el cielo, los miembros con su cabeza, las almas y la sociedad con el único Salvador” (1).

Que a tal fin el principal apoyo que se dio a la naciente Asociación, se pone de manifiesto en los hermosos artículos del mismo P. Ramière, fallecido el 3 de enero de 1884, publicados en el *Mensajero del Sagrado Corazón*, órgano del A. d. O., los que ilustran el argumento con gran profundidad y doctrina.

Estos artículos en 1892 fueron recopilados en un solo volumen que lleva precisamente por título: “*El Reinado Social del S. Corazón*”. El libro consta de cinco partes. En la primera se habla en general de la realeza del amor de Jesucristo; en la segunda de los enemigos del Reino

LA CONSIGNA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

(1) Ramière: *Le Regne social du Coeur de Jesus*, 1892, pág. 14.

PUBLICACIONES SOBRE EL REINO SOCIAL

Social del S. Corazón; en la tercera de los principales cooperadores para establecer este Reino; la cuarta parte trata del ejército del Corazón de Jesús, y finalmente la quinta expone las cualidades que debe tener el verdadero soldado del S. Corazón.

Como se vé el argumento viene desarrollado exhaustivamente y de modo que no podría desearse mejor respecto a la exactitud teológica y a la unción de sólida piedad. Querríamos que este libro estuviera en mano de todos los directores del A. d. O.; esperamos que apenas los medios nos lo permitan, hacer la reimpresión en nuestra lengua. Pero entre tanto se manifiesta la idea de que el Reinado Social del S. Corazón es del todo genuina del A. d. O. y afecta a todo y con razón, porque constituye su programa directo.

Existe además otro libro del P. Ramière, con el título: "*El Apostolado de la Oración, santa liga de corazones cristianos, para obtener el triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas*" ¿Qué es el Reino del S. Corazón sino el triunfo de la Iglesia? Este libro fue traducido al italiano en 1878, en Bolonia, por la redacción del *Mensajero del S. Corazón*, dirigido entonces por el P. Bernabiti.

En él el autor, después de haber explicado ampliamente la naturaleza del A. d. O., ilustra sobre su utilidad y oportunidad, enumerando las ventajas individuales y *sociales* que lleva consigo. Y hablando sobre esto último dice: "Toda sociedad se funda sobre una triple base, sobre tres principios igualmente necesarios para sostener y prosperar, o sea: el paternal cuidado de los superiores hacia los que le están sometidos, la cordial sumisión de los súbditos a la autoridad, y el amor mutuo entre los miembros de la sociedad". Después de haber demostrado que esta admirable armonía en todos los órdenes de la sociedad existentes había sido turbada y subvertida, concluye que "el remedio a estos males encontráse en el divino Corazón, siempre con nosotros realmente presente como fuente inextinguible de vida y de amor. Tal es, sin duda, el remedio supremoaparecido y ofrecido por la mano de Dios a la sociedad en peligro. *Ahora nosotros afirmamos que esto no puede llegar a ser más beneficiosamente aplicado que con el Apostolado de la Oración*" (1).

Una vez más podemos llegar a la conclusión, que el fin de volver de nuevo al reino del S. Corazón a la sociedad está directamente entendido de la pia Asociación.

A todos estos argumentos se añade la consagración de *grupos sociales*, promovida por el A. d. O. Ya a fines de junio de 1873 el P. Ramière lanzaba una llamada en el *Mensajero del S. Corazón* para la consagración nacional de Francia al S. Corazón, consagración que no pudiendo esperarse que la hiciera el Gobierno, por ser hostil a la religión, se aconsejaba hacerla por diócesis, por parroquias, por comunidades, como

(1) O. c., II parte, cap. 2, art. 1.

antes que el P. Ramière había indicado el P. de Boylesve S. J. en el *Mensajero del Sagrado Corazón* (enero de 1871).

(...)

Pero la historia completa del A. d. O. para promover esta práctica en todo el mundo no ha sido escrita todavía. Así sabemos que en Córdoba (Argentina) muchos edificios muestran todavía lápidas conmemorativas de la consagración hecha en 1889 y después también queda la memoria de algunas consagraciones hechas de entes morales etc. (3).

(...)

Digna de ser recordada es la noticia que se refiere a Italia. En 1889, por medio de aquel gran apóstol del S. Corazón, el P. Sanna Solaro, S. J., en fraterna colaboración del A. d. O. tuvo lugar un amplio movimiento en todas las naciones para promover un homenaje oficial al S. Corazón.

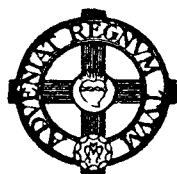
(...)

Todas estas pruebas aunque señaladas sólo esquemáticamente, nos dan derecho para decir que esta idea de la soberanía social del S. Corazón, no es de hoy, ni una sencilla manifestación esporádica, pasajera en el A. d. O., sino que forma un todo orgánico con la pia Asociación, constituyendo el programa y el fin último a que tiende.

El lema: *Adveniat regnum tuum*, y el nombre: *Reinado Social del S. Corazón* pertenecen al A. d. O.; los iniciadores de la Pia Asociación declararon expresamente que se proponían este fin; la actividad que despliegue, los medios que adopte, las iniciativas emprendidas se dirigirán al mismo punto. Es lógico pues deducir que el Apostolado de la Oración, es la asociación mundial que desde sus primeros orígenes, tiene en su programa como fin *directo* acelerar en el mundo el *Reino Social del S. Corazón*.

V. GENOVESI, S.J.

LA CONSAGRACION DE GRUPOS SOCIALES



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

DICIEMBRE

GENERAL: Que los fieles trabajen más eficazmente para que el mundo alcance su fin en la justicia, en la caridad y en la paz.

MISIONAL: Que los fieles cristianos congregados de entre todas las gentes en la Iglesia, promuevan el amor universal a los hombres.

GLORIA A MARIA ESPOSA DEL ESPÍRITU SANTO

Y siendo el Espíritu Santo el Amor sustancial y personal del Padre y del Hijo, procede “del Padre y del Hijo”, cual decimos en el Credo, pues es el Amor de los dos, el mismo Amor. Es lo que afirma el mismo Jesús en el Evangelio, pues no sólo nos dice que el Espíritu Santo que nos va a enviar “procede del Padre” (Joan. 15, 26), y nos “es dado y enviado por el Padre” (Joan. 14, 16, 26), sino también que “el Padre nos lo enviará en su nombre —en el nombre de Jesús” (Joan. 15, 26), y que ese Espíritu recibirá de Él, “recibirá de lo mío” (Joan. 16, 14). Mas siendo el Espíritu una realidad infinita y simplicísima —la misma realidad del Padre y del Hijo—, no podría recibir nada del Hijo si de Él no recibiera su mismo Ser y realidad. Por eso, igual que lo envía el Padre, también lo envía el Hijo (Geon. 15, 26; 17, 7).

Los griegos han preferido usar una fórmula equivalente, aunque quizá no tan exacta y positivamente acertada: el Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo, o mediante el Hijo. Tampoco aquí está ausente el Hijo como fuente de origen del Espíritu Santo; pero quiere destacarse la principalidad del Padre como primer y último origen de las otras dos Personas —lo cual es absolutamente cierto—; e igualmente se destaca que, aunque el Amor sustancial proceda del Padre y del Hijo, sea Amor de los dos, en el Padre está dándose al Hijo, en el Hijo recibándose —todo el Hijo es recibido del Padre, engendrado por el Padre—, y devolviéndose al Padre, como reflejando de sí mismo al Padre el mismo Amor que de Él recibe; y como la dación, aunque simultánea a la recepción —no puede darse un dar sin recibirse, diríamos una activa sin pasiva—, en orden de origen precede a la recepción, que presupone la dación, así el Espíritu Santo, aunque procedente del Padre y del Hijo simultáneamente, siendo del Padre y del Hijo, en el orden de su originación, aunque no en el orden temporal ni en la integridad de la procedencia, es primero —en terminología humana— la procedencia del Espíritu Santo con relación al Padre que con relación al Hijo. Igualmente se destaca que si el Amor sustancial proviene, en orden de prioridad de origen, del Padre Eterno, proviene sólo por medio del Hijo, pues

es la contemplación de su Hijo, de la esencia divina que ha transferido a su Hijo, lo que desencadena la procesión o tendencia de infinito Amor hacia Él, así como la tendencia de infinito Amor del Hijo al Padre. Hasta aquí, ambas fórmulas dogmáticas, lejos de contradecirse, se completan y enriquecen. Sólo si se llega a negar que el Espíritu Santo *también* proviene del Hijo, es Amor del Hijo, se incurrirá en error, y en verdadera contradicción.

Nuestra razón puede alcanzar, y hasta en modo imperfecto comprender, que Dios necesariamente es Infinito Conocimiento, e infinito Amor. Lo que nuestra razón es totalmente incapaz de barruntar siquiera, es que el conocimiento y amor infinitos de Dios impliquen la necesidad absoluta y eterna de que Dios haya de subsistir en Tres Personas distintas, poseedoras las tres, aunque con matiz diferente de origen, del mismo Ser Único, de la misma y única infinita realidad divina. Esto sólo la fe nos lo testimonia. Pero una vez admitido en fe sencilla el misterio trinitario, el fiel creyente no sólo conoce a Dios bajo una luz enteramente nueva y maravillosa, sino que puede extasiarse en las maravillosas Relaciones Trinitarias, sumergirse en Ellas, gozarse en Ellas, tratar e intimar de modo peculiar con cada una de las personas en la unidad de la divinidad, e incluso esforzarse en imitarlas, hasta que llegue el día en que pueda claramente contemplarlas, viviendo de su misma vida, y participe de su misma actividad, recibiendo el ser divino en y con el Hijo, sintiéndose amado por el Padre con el mismo amor con que ama al Hijo, que es el Espíritu Santo el amor divino que le unirá al Padre y al Hijo, el Espíritu Santo que infundirá en nuestros corazones un verdadero amor divino con que dignamente amemos a Dios como Él merece, ya que el amor que difundirá en nosotros será Él mismo, como Amor infinito sustancial del Padre y del Hijo.

Por eso el misterio de la Trinidad, aunque el más oscuro e incomprensible en sí para nuestra razón, es de tal claridad, y hasta diría evidencia, para el alma que por la fe lo admite y cree, que con su claridad ilumina y explica todos los demás misterios del cristianismo. Por eso se propone al cristiano en el mo-

mento de su misma inserción al cristianismo, en la misma fórmula del bautismo, de un modo totalmente preferente y destacado: si ese misterio cree, todos los demás misterios los verá claros y sin dificultades a la luz de ese misterio de los misterios.

La misma creación es un misterio, en que intervienen indisolublemente unidas las tres divinas Personas en una misma acción: el Padre como origen que les da el ser —“creo en Dios Padre, creador de cielos y tierra”—, el Hijo como modelo en que el Padre se inspira, cuyas perfecciones copia y manifiesta en infinitos modos y maneras diferentes con que en algún modo manifiesta la riqueza infinita que le ha dado al engendrarle, el Espíritu Santo como Amor, que impulsa, provoca y como desencadena toda la obra creadora, pues todo lo hace Dios por Amor: por amor a su Hijo quiere el Padre glorificarlo mostrando fuera de la divina esencia cuánto le ha amado, cuánto le ha dado en su generación eterna; y por amor al Padre quiere el Hijo que sus perfecciones, recibidas por generación del Padre, sean copiadas y como multiplicadas en participación parcial en las creaturas para que todos conozcan, también fuera de Dios, cuán rico y amable es su Padre, que de tal modo se le ha entregado. Y así la creación es para gloria del Padre, para gloria del Hijo, y para gloria del Espíritu Santo, para manifestación externa de la perfección del ser único de las tres Personas: y ninguna Persona busca su propia gloria, sino la gloria de las otras dos; y hay una sola gloria, porque la gloria de cada Persona es la gloria de las otras dos, y la gloria de las tres es la gloria de cada una: tres Personas y una sola gloria poseída por las tres, sin que ninguna la busque para sí misma, sino para las otras dos, en un absoluto desinterés y falta de egoísmo. El amor se opone al egoísmo: un amor infinito que fuera egoísta sería un absurdo y contradicción; mas si Dios fuera unipersonal nos parece que de necesidad sería egoísta —y por lo mismo no amor verdadero—, ya que siendo Bien sumo, necesariamente habría de amarse a Sí mismo, y a lo demás sólo por sí mismo. Mas la Trinidad de Personas quita de Dios hasta el más leve asomo de egoísmo. Es verdad que el amor parte de Dios y se termina en Dios, se dirige a Dios. Pero el sujeto de la acción, del amor, no es la naturaleza, sino la Persona que posee esa naturaleza. Y siendo Dios tripersonal, el amante en Dios diríamos que no es la naturaleza divina, no la divinidad, sino las tres Personas que poseen íntegramente esa naturaleza divina indivisa, esa divinidad. Y ninguna de las Personas se ama a sí misma, se centra en sí misma: precisamente todo su ser personal consiste en

proyectarse hacia las otras dos, ya dándose a ellas, ya recibíendose y devolviendo el Ser que reciben: su ser personal, su ser Personas viene constituido por la proyección mutua, y sólo por Ella. Y lo mismo se diga del conocimiento; el Padre no se recrea conociéndose a Sí mismo, sino conociendo al Hijo “en quien tiene puestas todas sus complacencias”; el Hijo se recrea conociendo al Padre y contemplándolo; y el Espíritu Santo se recrea conociendo a los dos y vinculándolos uno a otro como infinita tendencia de amor mutuo. Y uno mismo es el amor en los tres, uno y mismo el conocimiento, una y misma la realidad o esencia divina que poseen, porque todo se lo comunican totalmente, sin reservarse nada, en una pureza y perfección de amor que la creatura nunca hubiera podido imaginar. Por eso, en virtud de esa comunicación total, en la misma creación, aunque cada Persona intervenga con el matiz de origen peculiar que le es propio, nada hay en la creatura que no provenga igualmente de las tres, pues comunicándose cuanto de entidad hay en ellas, también se comunican la acción: una es la acción de las tres, y así nada hay en la creatura que se deba a una Persona y no a otra, ningún aspecto que pueda repartirse entre ellas. Sólo atendiendo a su matiz personal, nuestro modo de concebir apropia unos aspectos ya a Una ya a Otra, aunque sepamos que aun esos aspectos apropiados provienen de las Tres como de una Unidad: unidad que hace no sólo el mismo e idéntico Ser que poseen, sino el Amor infinito que mutuamente las proyecta entre Sí.

Así el misterio de la Trinidad, siendo lo más inaccesible a nuestra razón natural, es el que, una vez creído, nos hace más comprensible a Dios, iluminándolo para nosotros con claridad deslumbradora, y descubriéndonos y como haciéndonos atisbar su insondable perfección y hermosura.

Mas la creación natural es como nada, la hizo Dios como de paso (San Juan de la Cruz), comparada a la obra por excelencia externa divina, que es la Encarnación del Verbo, con su consecuencia: la elevación al orden sobrenatural divino de las mismas creaturas.

Sólo el Verbo o Hijo se encarna, no el Padre ni el Hijo, lo que nos muestra la verdadera, diríamos irreducible, distinción real de las Tres divinas Personas. Pero activamente, la Encarnación del Verbo es obra indisoluble y por igual de las Tres Divinas Personas. La encarnación podemos entenderla como la dación total de la Persona del Hijo —así como de la naturaleza divina que Él posee— a una naturaleza humana perfecta, que pasa a ser, que es ya en su primer instante, naturaleza de una persona divina.



SERRA GODAY A.

O bien quizá mejor —por cuanto aleja todo aspecto de mutabilidad en el Verbo Dios—, como asunción de una naturaleza humana a la Persona del Verbo, que desde ahora como sujeto Personal tendrá dos naturalezas: una divina, poseída de toda eternidad como recibida del Padre por generación; la otra humana, que recibe en el tiempo de la Virgen María, y que ya jamás dejará de poseer. El resultado en uno y otro caso es la unión de la naturaleza divina y la humana en unidad de Persona —la Persona del Verbo—; es la inhabitación de “toda la plenitud de la divinidad, corporalmente” (Colos. 2, 9) en una naturaleza humana, recibida de la Virgen María, es la dignidad y valía verdaderamente divina e infinita de cualquier acción humana de Cristo, por ser acción de Persona divina ejecutada con esa naturaleza —el valor de una firma no radica en la perfección ortográfica de la firma en sí, o en la de la mano, pluma y papel con que se haga, sino en la valía de la persona que la hace—. Así, por la encarnación, se logra que en y por la creación —en y con la naturaleza humana de Cristo creada— se dé a Dios gloria infinita, tal como Dios la merece.

Y esa dación del Verbo a la naturaleza humana de Cristo, esa asunción de la humanidad de Cristo a la Persona del Verbo, esa unión de las dos naturalezas —divina y humana— en una misma Persona divina del Hijo, la hace el Padre: y la hace por amor a su Hijo, porque quiere manifestar al mundo cuán infinitamente le ama, de cuántas riquezas le ha dotado al darle su ser en herencia; la hace para manifestar cuánto ama a su Hijo. Y la hace el Hijo, que asume la naturaleza humana; y quiere esa unión para gloria del Padre —no para gloria propia (cf. Joan. 8, 50: “no busco mi gloria, hay otro que la busca”)—, para que en su manifestación al mundo sea conocida la riqueza y el amor del Padre. Y la hace el Espíritu Santo, porque esa unión la obran Padre e Hijo por el amor mutuo sustancial y personal que se tienen... Y porque esa unión se hace mediante la dación del Amor sustancial y personal divino a la Virgen María, para que en Ella y con Ella obre la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana que la Virgen proporcione por verdadera generación con el poder infinito del infinito amor del Espíritu Santo. Y como ese Amor sustancial que con la Virgen hace nacer de ella un hijo que es Dios y hombre verdadero, es verdadera Persona, por eso el Espíritu Santo es verdaderamente esposo de la Virgen María, puesto que el Hijo que va a nacer proviene de la acción común de ambos, de la Virgen y del Espíritu Santo. Así nos lo sugiere el ángel cuando dice a la

Virgen: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el que nacerá de ti será llamado Hijo del Altísimo” (Lc. 1, 35). Y así lo profesamos como dogma de fe en el Credo: “Se encarnó de María Virgen, por obra del Espíritu Santo”.

Mas cosa sorprendente: la fe nos dice que el nacido de la Virgen María no es Hijo del Espíritu Santo, sino Hijo del Padre Eterno. Mas la sorpresa desaparece cuando consideramos que si bien el amor es el principio de toda fecundidad y de toda unión, el amor es siempre *de otro*, y no es el amor el padre, sino ese *otro*, cuyo es el amor. Siendo el Espíritu Santo el Amor infinito del Padre, aunque personal, al obrar como amor del Padre la encarnación en el seno de la Virgen María, el padre del Hijo que de la Virgen María nace es evidentemente no el amor del Padre —el Espíritu Santo—, sino el Padre mismo cuyo es el amor.

También se llama frecuentemente en la Escritura al Espíritu Santo “Espíritu de Jesús”, o “Espíritu del Señor Jesús”. Sabemos por la fe que la Humanidad de Cristo tiene un alma racional, espiritual, de la misma naturaleza que la nuestra —es perfecto hombre y perfecto Dios—. El Espíritu Santo, como “Espíritu del Señor Jesús”, no sustituye, pues, ni hace las veces del alma racional. Pero es verdaderamente espíritu de Jesús, no sólo porque como Amor sustancial personal divino proviene también del Hijo, y así es del Hijo, es Espíritu del Hijo, sino porque en la obra de la Encarnación es el Espíritu Santo como Amor increado divino, el que une indisolublemente la Persona del Verbo a la naturaleza humana, comunicándosela con toda su riqueza, y la naturaleza humana al Verbo en unidad personal: y así, la divinización de la naturaleza humana de Cristo, su vida verdaderamente divina, la debe a la obra del Espíritu Santo; y así, si el alma o espíritu racional es quien comunica la vida natural al cuerpo, bien puede decirse que Aquel que comunica a la naturaleza humana de Cristo la vida divina, la hace vivir de la vida divina, es verdaderamente espíritu y como alma de esa naturaleza, y, en último término, de la persona —Jesús—, cuya es esa naturaleza, pues el último sujeto de atribución es siempre la persona, no la naturaleza.

En la obra de nuestra elevación al orden sobrenatural —nuestra justificación y nuestra beatificación en el cielo— se repite en cierta manera la misma acción trinitaria que vimos se daba en la encarnación del Verbo, así como la cooperación maternal de la Virgen María. La elevación al orden sobrenatural

—justificación y visión beatífica—, es una extensión a nosotros del inefable misterio de la Encarnación, es una real y verdadera participación nuestra en la encarnación del Verbo, y, de modo especial, en los dones recibidos por la Humanidad de Cristo en virtud de esa encarnación.

El Padre quiere, para gloria y manifestación de la riqueza de su Hijo hecho hombre, que nosotros no sólo la veamos y contemplemos *desde fuera*, y por tanto impropriamente, sino *desde dentro*, sintiendo de verdad el mismo amor con que Cristo es amado por el Padre, conociendo con su mismo conocimiento, amando con el mismo amor con que Él le ama. Sólo así podremos conocer de verdad la riqueza de Cristo.

Para eso el Padre ha querido, para gloria de su Hijo, hacernos verdaderamente hijos suyos, comunicándonos la misma filiación de su Hijo Unigénito, para que así podamos realmente entender lo que esa filiación es.

Y el Hijo, por amor al Padre, y para glorificación del Padre, ha querido hacernos partícipes de su misma filiación, incorporarnos a sí mismo como miembros diferentes que vivamos de su misma vida, y actuemos con su misma acción, tras purificarnos antes y lavarnos de toda mancha y defecto, lavándonos con su sangre, para que así junto con Él glorifiquemos y demos dignamente gracias al Padre por su infinito amor, su infinita perfección, su infinita donación al Hijo Unigénito. Y esa incorporación nuestra, aunque sea a la Persona del Verbo, se hace mediante nuestra inserción en la naturaleza humana de Cristo: por eso nuestra justificación, y nuestra beatificación, es como un repartirse en nosotros y fragmentarse, y a la vez como multiplicarse, de los dones divinos con que esa naturaleza humana de Cristo ha sido llena, de modo que nada se nos comunica sino derivado de la plenitud de la riqueza con que esa naturaleza ha sido adornada: “lleno de gracia y de verdad, y de su plenitud todos nosotros recibimos gracia sobre gracia” (Joan. 1, 14, 16).

Pero procediendo esa filiación, y esa inserción nuestra en Cristo como verdaderos miembros suyos, del amor sustancial personal mutuo del Padre y del Hijo, es evidente que quien obra esa filiación sobrenatural, y esa inserción nuestra en Cristo, es el Espíritu Santo. Él es quien nos edifica, quien nos da la forma o naturaleza de Dios, en expresión de los Santos Padres.

El Espíritu Santo es así quien, como Amor del Padre, nos da la naturaleza divina, haciéndonos hijos de Dios; y Él es quien, como amor sustancial del Hijo, nos incorpora a Éste como miembros, para que

vivamos de su misma vida. La justificación implica dos elementos o donaciones de parte del Padre: un don increado e infinito, que es el Espíritu Santo, que habita, reside, y como informa, el alma del justificado; y un don finito, la gracia santificante, que es como la transformación en Dios de todo nuestro ser. Y esa transformación la hace en nosotros el Espíritu Santo, que no sólo nos está presente, sino que se imprime en nosotros, como un sello se imprime en la cera —la comparación es de los Santos Padres—, produciendo en nosotros la misma forma de Dios que Él posee, aunque, al recibirse en creatura limitada, en cierto modo reciba las limitaciones nuestras. Gracias a esa modificación interna y total de nuestro ser, nos hacemos capaces para ser divinamente actuados por el Espíritu Santo, de modo que nuestras acciones sobrenaturales ya no son sólo nuestras, sino también de Dios, verdaderamente divinas. Así el Espíritu Santo no sólo se imprime en nosotros, sino que permanece en nosotros, como principio activo de toda nuestra vida y actividad sobrenatural: de nuestra docilidad a su acción dependerá la plenitud de nuestra vida divina mientras peregrinamos. Gracias a Él, somos amados por el Padre con el mismo amor con que ama a Cristo, y amamos al Padre con el mismo amor con que le ama Cristo; somos conocidos por el Padre con el mismo conocimiento con que conoce a Cristo, conocemos al Padre con el mismo conocimiento con Cristo le conoce: aquí en fe, en el cielo en visión clara (cf. Mt. 11, 27: “Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo”).

Y en esta acción santificadora del Espíritu Santo destaca su absoluta ausencia de egoísmo, igual que la contemplamos en la vida interna trinitaria: no hace nada para sí, sino para las otras dos Personas: nos comunica en herencia la naturaleza del Padre, de modo que seamos hijos del Padre Eterno, y movidos por Él e informados por Él podamos invocarle con verdad con el dulce nombre de “Papá” (Rom. 8, 15; Gál. 4, 6).

Y nos une e incorpora como miembros, no a sí mismo, sino a la Persona del Hijo, que pasa a ser el sujeto personal último de todas nuestras acciones divinas. Si en esta inserción actúa como Amor Personal del Hijo, en la comunicación de la filiación divina actúa como Amor Personal del Padre.

Por eso el Espíritu Santo es verdaderamente el alma del cuerpo místico de Cristo, de la Iglesia —tanto triunfante, como militante y purgante—, que informa y da vida divina a todos los miembros de Cristo, y siendo Él uno —como es una el alma de nues-

tro cuerpo—, nos actúa a todos diversamente como miembros distintos de un mismo Cuerpo en Cristo, para la manifestación total en la multiplicación de la variedad, de la riqueza simplicísima e infinita de la Persona del Hijo. “Distribuyendo a cada uno según le place” (1 Cor. 12, 11). Y aunque el Espíritu Santo sea como el alma de ese cuerpo, el sujeto de todas las acciones de él es la Persona del Hijo —nos justificamos y salvamos en cuanto incorporados al Hijo y asimilados a Él—, no el Espíritu Santo, porque éste Espíritu actúa en nosotros como “espíritu de Jesús”, Espíritu del Hijo, del que procede, y del que es el Amor Personal.

Y lo mismo sucederá con nuestra vida divina en el cielo: es la misma del justificado. Sólo que aquí no percibimos esa vida, sino es por la fe. Allí experimentaremos y sentiremos esa vida, ya nacidos en Dios; aquí nos estamos formando hijos de Dios —como el niño ya engendrado, pero aun no nacido—; allí apareceremos ya claramente como verdaderos hijos

de Dios, nacidos ya a la claridad de su luz. Ahora somos como la rosa encerrada todavía en su capullo, que aún no se ha abierto: el capullo es la fe. Allí el capullo se habrá abierto y caído, y la rosa antes escondida aparecerá en toda su hermosura, fragancia y esplendor divinos. Pero la acción de las tres divinas Personas en nosotros será allí la misma esencialmente que lo es ahora: y esa acción se prolongará durante toda la eternidad sin fin, “en la que Dios ya será todas las cosas en todas las cosas” (1 Cor. 15, 28).

Mas tras esta digresión un tanto árida sobre el Espíritu Santo, que no obstante juzgábamos útil al lector, pasemos ya a contemplar la relación del todo peculiar y estrecha que la Virgen María tiene con esa tercera Persona de la Santísima Trinidad, su inserción en Ella como verdadera y real esposa suya. Esperamos que lo anteriormente dicho sirva para ayudarnos a penetrar más la insondable riqueza de comunicación divina que implica para la Virgen María esta su asociación como esposa al Espíritu Santo.

ANTONIO PACIOS, M.S.C.

EL P. JUAN M.^a SANNA SOLARO, S. J.

Nació en Sorso (Cerdeña), el 28 de junio de 1824.

A los 17 años entraba en la Compañía de Jesús en el noviciado de Cagliari. Después de haber estudiado retórica y filosofía en Turín, volvió a Cerdeña donde se dedicó a la enseñanza.

La ola revolucionaria de 1848 con el grito de “mueran los Jesuitas” que se oía en Turín repercutió en Cerdeña y, aunque en Sasasri eran amados los jesuitas, hubieron de cerrar la casa.

El P. Sanna buscó refugio entre sus parientes, pero como tenía verdadera vocación al poco tiempo lo encontramos inscrito entre los teólogos del Estudio de Nápoles, donde en 1851 fue ordenado sacerdote.

Después del tercer año de probación en Lion, enseña física y matemáticas en varias ciudades de Italia y escribe algún tratado científico, del que se hacen varias ediciones.

De nuevo la hostilidad a la Iglesia y a la Compañía de Jesús empezaba en el Piamonte y extendida a toda Italia le obligaron al exilio.

El P. Sanna Solaro se refugió en la Provincia de Tolosa. Así el Señor preparaba a su futuro apóstol que en las tristes experiencias de sus años juveniles había conocido la malicia de los hombres, para que con más ardor señalase el único remedio para el mundo: El triunfo social de Jesucristo.

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XXXVII

RESUMEN DE LA GUERRA EN 1917. - PRINCIPALES HECHOS BÉLICOS

En nuestros anteriores artículos, especialmente en los cuatro últimos, hemos llegado a la cúspide de esta serie. Iniciemos ahora el declive de la misma: pasemos ya a seguir los acontecimientos, y a ver cómo, en forma ineluctable, tras este año cumbre y crítico, es toda la Historia la que sigue ya el nuevo y fatal rumbo.

Habiendo ponderado, tanto, lo que representa 1917, no nos queda en el presente artículo que consignar, siguiendo la cronología, los principales hechos bélicos, cuya significación tanto hemos ponderado en nuestros estudios anteriores.

La guerra en el frente de Francia

Ocupada Alemania en asestar sus golpes, que momentáneamente fueron tan victoriosos y decisivos, contra Rusia, a la que venció enteramente, hubo de resignarse, en el mes de marzo de 1917, a un repliegue en el frente francés. Los aliados iniciaron una ofensiva, con toda clase de medios, casi desesperada, al mando del nuevo generalísimo Nivelles. En dos meses no consiguieron otra cosa que reconquistar unos 200 km², y, donde alcanzaron mayor profundidad, fue en unos 30 km. Las tropas alemanas se atrincheraron en una nueva línea, que creemos recordar se llamó "línea Hindenburg" (aun cuando también se la llamaba Wotan, Sigfried o algún otro nombre parecido de la mitología teutona), que ofrecía muchas ventajas, y permitía sacar gran rendimiento para menor número de divisiones. Fue tal el fracaso aliado — pese al modesto avance — que Nivelles hubo de ser relevado por Pétain, sin duda el mejor general francés, cuyas virtudes humanas y castrenses se habían ya puesto de relieve en Verdún, figura a la que, cuatro lustros o cinco más tarde, la Historia reservaba tantas nuevas grandezas y tragedias.

Pétain halló, además, como consecuencia de una guerra tan larga, al ejército francés muy desmoralizado. Se iniciaban motines, no injustificados. Con mano fuerte, pero, repetimos, siempre humana, los reprimió, y mereció la confianza y el amor de sus soldados.

Por el otro lado, en Alemania, ya quedaba, tan sólo, un prestigio: el del "tandem" de mando Hindenburg-Ludendorff, que tantos milagros hizo, y que

aun había de tener, en jaque, al mundo entero coaligado contra una sola nación. Por lo demás, en Francia, no hubo sino la guerra de desgaste, habitual, cansina, tremenda, con la aparición y desarrollo, cada vez mayor, de las unidades incipientemente motorizadas (tanques), la aviación, etc., según hemos señalado en nuestros anteriores artículos.

El frente en Rusia

Habiendo ya hablado tanto de la Revolución rusa, limitémonos a señalar las etapas de la gran victoria alemana e invasión. Ya hemos visto que la de Brusilov, en 1916, fue la última ofensiva rusa; desde entonces, ya todo no fue más que una retirada.

Con el apoyo de la flota germana, dueña del Báltico, cayó Riga y todo su golfo, acercándose las tropas teutonas a San Petersburgo. En todo el inmenso frente, las rusas, en plena descomposición, se daban a la fuga. Toda la Polonia histórica cayó en poder de Alemania. ¡Lástima grande que, la diplomacia tedesca, siempre tan brutal y torpe, no supiera sacar partido de esta ocasión para saber presentarse como liberadora de la vieja y noble nación, y ganarse un tanto en las simpatías universales! El frente se extendía, verticalmente. Vilna estaba ocupada; amenazada Minsk, hasta Rumanía. En Moldavia y Besarabia, quedó una fuerte bolsa, que había de seguir resistiendo, de tropas rusas disciplinadas junto con los restos de las rumanas.

Es un hecho poco conocido que el avance alemán siguió, en la I Gran Guerra, hasta profundidades, dentro de Rusia, casi tan enormes como las que lograron las huestes de Hitler en la II. Baste decir que se ocupó la entera cuenca del Dnieper y toda la Ucrania, con Minsk (hasta cerca de Smolensk), Karkow y toda la península de Crimea, hasta la misma desembocadura del Don. Pero una vez más el ejército alemán hubo de detenerse ante el eterno aliado ruso: la inmensa extensión de las estepas, y la dureza del "General Invierno", que como antes contra el Corso, y más tarde contra el Fuhrer, había de vencer inexorablemente.

El 23 de noviembre el gobierno bolchevista ruso — a quien no importaba el reconocimiento de la derrota con tal de asegurar la Revolución — propuso ne-

gociaciones de paz; comenzaron en 2 de diciembre las negociaciones en Brest-Litowsk, en Polonia, ocupada por los alemanes, y el 15 de diciembre se firmó un primer armisticio.

Ya veremos en 1918 los avatares que sufrió éste, y cómo —tal cual era de esperar— la mala fe soviética, con sus traiciones, tira y afloja, consiguió retener, de hecho, en los frentes rusos, a muchas divisiones alemanas que, de haber quedado libres, hubieran tenido tiempo de dar el golpe de gracia a Francia e Inglaterra en el frente occidental antes de la llegada de los americanos. De otra parte, Alemania —aquí no era mala política, pero le hizo perder un tiempo precioso—, deseaba y fomentaba el separatismo de Ucrania con la constitución de una República propia; la ocupación de este vasto territorio dio, sin embargo, un tremendo trabajo —distrayendo muchos soldados— de utilización de sus reservas alimenticias, que llegaron a punto pues, con los 3 años de guerra, Alemania y Austria-Hungría se hallaban ya hambrientas a causa del bloqueo aliado. En una palabra, y aun a riesgo de repetirnos, el destino se encarnizaba con Alemania no permitiendo retirar sino una limitada parte de sus aguerridas divisiones del Este, para llevarlas con la tan necesaria urgencia al Oeste.

El canto del cisne de Austria-Hungría. La gloria de Caporetto

Y llegamos, con esto, a la última página realmente gloriosa y romántica de la triste guerra del 1914-18, guerra siempre de desgaste.

Ya hemos ponderado, a lo largo de esta serie de artículos, el carácter de traición que revistió la entrada de Italia, en 1915, en guerra contra sus aliados de tantos años, Alemania y Austria-Hungría. Traición de la que no fue culpable el nobilísimo pueblo italiano, tan cristiano y que, por tanto, nada podía sentir contra su vecino, el no menos cristiano pueblo austríaco. Sino sus gobiernos, impulsados por las Sectas y por la Mesonería, so capa de patriotismo, para conseguir su objetivo secular: la destrucción del católico Imperio austro-húngaro.

Muy humano era, por tanto, que existiese, en los últimos momentos de dicho Imperio, el deseo de propinar una dura lección a los traidores.

El hundimiento de Rusia dejó libres a las divisiones tiroleras que pudieron regresar a su país natal, a sus montañas, amenazadas por el torpe enemigo, que, no contento con la justa reivindicación de Trento y de Trieste (las únicas ciudades que merecían, realmente, el nombre pomposo de "Italia irredenta", tan

exagerado) quería —como consiguió— partir en dos el nobilísimo y austríaco Tirol, aún hoy en luto, según puede verse a través del negro tul que envuelve la estatua del héroe de su independencia, Andrés Hofer. Se añadieron otras siete divisiones de alpinos bávaros alemanes. Y se preparó la más brillante ofensiva de la I Gran Guerra mundial.

Avancemos decir que, aparte de su gloria, en la que tanto nos vamos a complacer, esta gran ofensiva, esta gran vindicta fue un error estratégico enorme de Alemania y de Austria-Hungría. Tal victoria, aun cuando tan excelsa, no podía conducir, y no condujo anada. Aun cuando —lo que hubiera ocurrido de no mediar el auxilio que Francia e Inglaterra hubieron de prestar a Italia—, los Centrales hubiesen hundido al enemigo y ocupado, no sólo Venecia, sino toda la Italia del Norte, nada se hubiera conseguido. Italia no contaba. Era un peso muerto, según ya hemos indicado. Su noble pueblo repugnaba la guerra injusta. Tanto daño hacía a sus aliados vencedora como derrotada. Las tropas austro-alemanas hubieran debido pararse en Turín, ante los Alpes franco-italianos de la misma manera, y la guerra hubiera continuado igual.

Llevados al matadero por la Masonería y por los torpes gobiernos esclavos de aquélla, y por una dinastía tradicionalmente ingloriosa y sin fe, los soldados italianos procuraban salvar su vida aportando lo mejor de su resistencia pasiva. Así, durante todo el 1917, se realizaron sólo amagos de nuevas "ofensivas del Isonzo" (¡creemos llegaron a 11!), poco más que cañoneos insulsos con escasos resultados.

Llegó el octubre de 1917, y con él regresaron de Rusia los tirolereses, apoyados por las antes citadas fuertes divisiones alemanas. Bajo el brillante generalísimo austríaco, de quien ya hemos hablado en otras ocasiones, Conrad von Hoetzendorff, actuaron las tropas austríacas a las órdenes de von Artz y las germánicas a las de von Below.

La sorpresa —y esto que, al incompetente mando italiano de Cadorna le habían llegado a tiempo avisos— fue total. El 24 de octubre irrumpieron los austro-alemanes por Caporetto. Fuga desconcertada, que duró todo el noviembre. Baste decir que, ante el empujón, cayó más de la mitad del viejo Véneto, el Friul, los Alpes, el Cadore, gran parte de los Dolomitas, todas las cuencas del Isonzo, del Tagliamento y gran parte del Piave, Gorizia, Udine, Belluno, etc.

Los aliados hubieron de mandar urgentemente seis divisiones francesas y otras tantas inglesas para taponar el desastre, al mando de Fayolle y nada menos que de Foch. Al fin, las fuerzas austro-alemanas, en

definitiva escasas, que debían el triunfo a su bravura, hubieron de detenerse en el Piave, pues el obstáculo de los Alpes y la escasez de comunicaciones no les permitían el establecer un frente ofensivo en las llanuras “padanas”, al estilo de los frentes de Francia, donde los aliados fácilmente podían acumular toda clase de medios mecánicos de defensa.

Para colmo de irrisión— justo castigo a tanta marracho como eran D’Annunzio y demás corifeos de Francia, de Inglaterra y de la Masonería—, aun lo triste de esta “debâcle” cayó, como una mancha, sobre el honor italiano. El soldado italiano fue tachado, una vez más, de cobarde.

Nadie, ni los italianos mismos, han comprendido jamás el porqué de su propia tragedia (que había de repetirse otra vez en 1943 en otra forma). Nadie. Ni lo hemos visto explicado en parte alguna. Y tan sencillo como es de explicar.

En forma muy vívida, Hindenburg —incapaz asimismo, por mentalidad, de comprenderlo—, lo describe así en sus Memorias, cuando pinta a los prisioneros italianos felices por serlo y por haber, siquiera así, acabado la guerra: “La situación en Italia (a fines de 1917) era distinta de la de Francia e Inglaterra. En la campaña de otoño miles de soldados italianos rindieron las armas, no porque lo exigiera la situación militar, ni por falta de ánimo, sino por repugnancia ante una matanza cuyo fin no comprendían. Con rostro alegre emprendían el camino hacia nuestros campos de concentración...”

¡Aun cuando no lo parezca, tan sencillo como es de explicar! Pero tan difícil de entender por franceses, por ingleses, por alemanes, en este caso el propio Hindenburg. Pueblo vivamente cristiano el italiano, al revés de franceses, ingleses o alemanes, pone a Dios, al bien y al mal por encima de la patria. Y repugna una guerra injusta, y de agresión como fue la del 1915 a la que le arrastraron las sectas. Franceses, ingleses, alemanes, hicieron la guerra con odio; en holocausto a su patria, a sus reyes, a sus emperadores, no dudaron en matar, en agredir. Para la maldita grandeza de su país, no retrocedieron ante nada, y fue este maldito patriotismo el que destruyó Europa, y, utilizado por las Sectas, condujo al triunfo del Comunismo, a su instauración en Rusia, y a la destrucción del católico imperio Austro-Húngaro. Pero este entusiasmo no podía ser compartido por los buenos soldados italianos, conscientes de ser juego de todas las maquinaciones anticristianas, y muy alejados del culto pagano y fanático a la patria, común, por desgracia, en las demás grandes potencias.

En el Medioevo, estos mismos italianos a quienes

se discute el valor, en Legnano, obtuvieron la más hermosa de las victorias de todos aquellos siglos, frenando la soberbia anticristiana de los emperadores alemanes, que, de no ser así, hubieran acabado con el Papado. No. No fue el valor italiano lo que falló en Caporetto. Fue el elemental sentido común lo que dominó. De haberse tratado de una guerra santa al servicio de Dios y de su Iglesia, muy otro hubiera sido el heroísmo italiano, como lo fue en Legnano.

“¡El Imperio austro-húngaro sucumbirá con honor!”

Tales habían sido las memorables palabras de Francisco José, el último soberano “sin miedo y sin tacha” de las grandes potencias de la “Belle Epoque”, en julio de 1914, cuando se vio acorralado, por la más inteligente conspiración de las sectas de todos los tiempos: los pistoletazos de Sarajevo. Él veía claramente que Francia e Inglaterra no retrocederían ante nada, y también la ambición de Alemania, hija de su feroz patriotismo luterano a su vez, del que son un eco las líneas que antes hemos transcrito del, por otra parte figura respetable, mariscal Hindenburg. Francisco José lo vio claramente: “¡No nos queda otro remedio que sucumbir. Es el fin de Austria-Hungría! Pero sucumbamos con honor!”

El viejo Imperio católico, objeto de todos los odios, había de sucumbir ante las maquinaciones nacionalistas de los aliados, que en su sectario objetivo, al servicio de sus patrias, no vacilaban en abrir la vasta Rusia al comunismo fatal.

Pero “sucumbió con honor”, como correspondía al que, a través de una de las escasas dinastías limpias de Europa, se enorgullecía con la descendencia de Carlos V.

Su canto del cisne, su vindicta, fue Caporetto, y las gloriosas jornadas que le siguieron. Después de esto —y así sucedió— ya podía morir. Ya podían, a la dinastía que encarnaba el pobre y nuevo joven emperador Carlos apuñalarla por la espalda —purgando definitivamente su pecado de ser católica— los pueblos traidores de su corona: checoslovacos, yugoslavos, transilvanos, etc. Y, de frente, toda la potencia aliada apoyada, ya que no eran éstos aun bastantes, con la nueva prepotencia americana.

Como españoles, con tradición tan vinculada al nobilísimo Imperio moribundo austro-húngaro (las grandezas hispanas y las austríacas, en los siglos XVI y XVII convergen tantas veces!), no podemos sino cantar, como hemos hecho, la gloria de Caporetto.

El desplome turco

Habiéndolo ya descrito en los artículos anteriores, queda por consignar aquí tan sólo las etapas. La ofensiva aliada de Allenby, apoyada con toda clase de tropas de color. En octubre de este 1917 llegaban a Gaza, y el 10 de diciembre entraban en Jerusalén, cuya trascendencia tanto hemos ponderado. Desde allí se aprestaban a dar la puntilla al imperio otomano, al que igualmente atacaban por Mesopotamia, vengando la derrota del pasado año en Kut-el-Amara. Con Bagdad iba derrumbándose todo aquel sector oriental.

Habiendo los aliados, como es sabido, hollado la neutralidad griega —lo mismo que, con razón, habían condenado tanto de los alemanes—, y estableciéndose en Salónica, habiendo expulsado de ella al rey Constantino utilizando los turbios servicios del famoso Venizelos, organizaron un ejército, al mando de Sarrail,

que comenzó a avanzar por el sur de los Balkanes, distrayendo así grandes fuerzas turcas y búlgaras. Durante todo el año, tal ejército, apoyado por la flota aliada, no progresó mucho más allá de Monastir.

.....
Amanecía 1918. Acababa 1917 y devenía, como si tantas cosas fuesen pocas, peanas de tres grandes personajes, que habían de constituir el más nefasto conjunto político, quizá, de toda la Historia, y presidir el 1918 que se anunciaba, negro y caótico.

Clemenceau, en Francia, personificación del sectarismo.

Lloy George, en la Gran Bretaña, personificación de su egoísmo.

Wilson, en los Estados Unidos, personificación, a su vez, de la fatuidad.

Ellos habían de llevar a cabo la destrucción de Europa.

LUIS CREUS VIDAL

ESTEMOS ALERTAS

El día 27 de septiembre del año 1965, el P. Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús, ante los Padres conciliares del Vaticano II pronunció estas palabras: *El ateísmo penetra dentro de los muros de la ciudad de Dios e infecciona subrepticamente con su veneno las almas de los creyentes, incluso de los religiosos y sacerdotes; de donde brotan, dentro de la Iglesia, frutos de naturalismo, desconfianza, rebelión.*

Hoy, desgraciadamente, tenemos que añadir que, no subrepticamente sino con gran descaro y alevosía se ha introducido entre muchos fieles del Pueblo de Dios, en los seminarios, casas religiosas y entre el clero: pretendiendo, según parece, fundar una nueva Iglesia con drogas y sin moral, sin Sacramentos, sin Sacerdotes, sin Obispos, sin Papa y sin Dios.

El naturalismo, el placer y deleite, el gozar de la vida, el no querer pensar en el más allá de la muerte, el rehuir cuanto supone sufrimiento, pena y sacrificio es lo que hoy muchos hambreadan y desean. Eso enseña y pretende el Comunismo.

Alerta, católicos! Esto es puro ateísmo, que con sus hijuelas: Comunismo, Ido-c, testigos de Jehová, falsos Profetas, Predicadores heterodoxos, y escritores progresistas son lobos rapaces vestidos con piel de oveja.

Entre estos lobos que hemos de temer y debemos descubrir están, los que afiliados con distintos grados a la Masonería, tienen un odio insaciable a Dios, a Jesucristo y a su Iglesia.

Contra todos ellos, como otros Pablos, *Saulo convertido y valiente*, tenemos que reargüir con gran denuedo y fervor para evitar que muchos hermanos nuestros queden prendidos en las redes que, fatalmente, les tienden.

Nuestro Pontífice Paulo VI, con su alma apenada al saber que no pocos de sus amantísimos hijos se alejan del verdadero y único redil, en sus audiencias generales, en sus discursos y en sus escritos nos exhorta a orar y a sacrificarnos para que la paz y el amor a Cristo reine en todas las almas y en todo el mundo.

Mario J. Sauras, S.J.

HABLEMOS MENOS, TRABAJEMOS MAS

Que el abuso de la lengua va frecuentemente unido a la pereza y desidia en el trabajo, lo comprueba la experiencia de todos los días. Charlatanería y laboriosidad se oponen algo así como la oscuridad a la luz. No se trata de un vicio propio de nuestros tiempos o de nuestra raza. Siglos antes de Cristo lo fustigarón ya con duras palabras los Libros sapienciales de la Biblia y muchos autores profanos de las literaturas antiguas.

Es, sin embargo, cierto que la lijereza de ánimo que fomentan las prisas de la vida moderna y la liviandad de costumbres cada vez más muelles, tienen su repercusión en el concepto que el hombre moderno se va formando del trabajo tanto manual como intelectual, como si fuese una traba para el goce de nuestras libertades.

Por otra parte son muchos los que se creen hoy capacitados para hablar de todo y someter a su fallo y crítica las ideas y proceder de los demás. Descuidan así las ocupaciones propias de su edad y de su estado. Los jóvenes restan energías al esfuerzo, que supone su sólida formación cultural y religiosa. Y muchos mayores de todas las clases sociales, entrometiéndose más de lo justo en materias ajenas a su competencia, se desprestigian con su mucho hablar a sí mismos y con frecuencia al estado social a que pertenecen.

En la palabra de Dios encontramos orientaciones seguras, que regulen nuestro criterio y proceder en esta materia. El autor de los Proverbios escribe: *En toda labor hay fruto, pero la charlatanería empobrece* (14, 23). Es decir: quien trabaja, obtiene siempre algún provecho de su esfuerzo; en cambio, el mucho charlar es un estorbo para el trabajo, fomenta la ociosidad y lleva tarde o temprano a la pobreza. En otro pasaje afirma: *En el mucho charlar, no falta el pecado* (10, 19). Y entre los pecados, efecto del excesivo hablar, enumera las críticas, los juicios temerarios, la pereza y desidia en el trabajo. Este aforismo, que de una u otra forma se encuentra en todas las literaturas, se repite en numerosos pasajes de la Biblia.

El mismo Cristo tocó el fondo de este problema

humano, cuando dijo: *De la abundancia del corazón habla la lengua. El hombre bueno de su tesoro de bondad saca cosas buenas; y el hombre malo de su tesoro de maldad saca cosas malas.* Y aludiendo en concreto a las conversaciones frívolas e inútiles añade: *De toda palabra ociosa que se diga, habrá que dar cuenta en el día del juicio* (Mt. 12, 35, 36). Palabra ociosa es la que no aprovecha ni al que la dice, ni al que la escucha; es decir, es inútil, como suelen ser las conversaciones de los que descuidan su obligación al trabajo.

San Pablo escribía en su segunda carta a los tesalonicenses: *Sabemos que algunos entre vosotros llevan una vida desordenada, no haciendo nada y metiéndose en todo. A éstos, nosotros mandamos y exhortamos en el Señor Jesucristo, que trabajen en silencio y paz para comer* (3, 11, 12). Corría entre los cristianos de Tesalónica la idea del próximo fin del mundo y con este motivo se entregaban al ocio y a comentar de casa en casa con sus vecinos la catástrofe, que se avecinaba. Perturbaban la paz social y de las familias induciendo a otros a abandonar todo trabajo.

Peor era aún el comportamiento de algunas viudas jóvenes de Éfeso, que *yendo de casa en casa, no sólo estaban ociosas, sino que eran unas charlatanas y entrometidas hablando de lo que no conviene* (Iti. 5, 11). San Pablo exhorta a Timoteo a que con su autoridad episcopal ponga remedio a estos abusos. A otro discípulo suyo, Tito, Obispo de Creta, le sugiere el modo de proceder en la evangelización de aquella isla, en la que abundaban los charlatanes, los ociosos y los amigos del buen comer. Revolvían familias enteras enseñando lo que no deben, llevados de sórdida codicia. *Repréndelos severamente, dice el Apóstol, a fin de que se conserven sanos en la fe* (1, 11-13). Y termina con un consejo, útil no sólo a los predicadores, sino también a todos los cristianos: *Has de mostrarte modelo de buenas obras; de integridad, gravedad en la doctrina, de palabra sana irreprochable, para que el enemigo sea confundido y no tenga nada malo que decir de nosotros* (2, 7, 8).

ESTAD SIEMPRE ALEGRES

(S. Pablo, 1 Tes. 5, 16)

La alegría es un bien tan apreciable como la salud del cuerpo y la misma vida, así como la tristeza es un mal comparable con la enfermedad y aun con la misma muerte. *Corazón alegre, dicen los Proverbios, hace buen cuerpo; la tristeza seca los huesos* (17, 22). Los sentimientos del alma influyen en la disposición del cuerpo, ya que como su principio vital refleja y exterioriza sus íntimos afectos. *Corazón alegre hace buena cara, pero la pena del corazón abate al alma* (15, 13). La alegría interna se manifiesta en la serenidad del rostro y en la expresión apacible de los ojos, que irradian satisfacción y paz; así como por el contrario el ánimo abatido por la tristeza se delata por la mirada lánguida y por el rostro triste y melancólico. Por eso compara el autor sagrado la alegría a *un perenne banquete* (v. 15), que sostiene y refuerza la buena disposición y salud del alma y del cuerpo.

El autor del Eclesiástico afirma que para el hombre en esta vida *no hay bien como la alegría del corazón* (30, 16), en comparación con la cual nada valen todas las riquezas. Más aún, la vida del hombre, añade, *es el gozo del corazón* (v. 23). Es decir, una vida sin alegría, no merece llamarse vida.

No sólo el dolor, las privaciones, el trabajo duro y la pobreza son enemigos de la felicidad del hombre; también la tristeza, las preocupaciones y ansiedades, verdaderas enfermedades del espíritu, deben ser combatidas como estorbos para nuestro bienestar. *No te abandones a la tristeza, no te atormentes con cavilaciones* (v. 22).

Otra observación del autor sagrado confirma que efectivamente la alegría es fuente de salud para el mismo cuerpo. *El sueño de un corazón contento, es mejor que los más delicados manjares, y cuanto come le aprovecha* (27). El sueño es un medio de reparar y sustentar las energías del cuerpo, tan eficaz como los mismos alimentos. Ahora bien, el sueño del que libre de preocupaciones, vive contento y alegre, es indudablemente más tranquilo y confortador, que el del que está dominado por los contratiempos e inquietudes de la vida.

Por eso concluye el Sabio: *Anímate y alegra tu corazón y echa lejos de ti la tristeza, porque a muchos mató la tristeza y no hay utilidad en ella* (24, 25). La tristeza no puede impedir los males que ya nos sobrevinieron, ni evitar los que nos amenazan. El hombre sensato soporta con valor y alegría las dificultades presentes de la vida y espera con optimismo lo que Dios permita, o quiera en el porvenir, que no está en nuestras manos. Por otra parte la tristeza con el conjunto de males que la acompañan, es nociva, que precipita a muchos a la muerte; a la del cuerpo, porque debilita y abate las energías que provienen de un espíritu alegre y animoso, y a la del alma, que dominada por el desaliento, abandona el esfuerzo, que supone una vida virtuosa y se deja arrastrar a la indolencia y aun a la desesperación.

En otro pasaje nos señala el autor sagrado la fuente y origen de la verdadera alegría: *El temor del Señor es gloria y honor, prudencia y corona de gozo. El temor del Señor regocija el corazón, da prudencia, alegría y longevidad* (Ecli. 1, 11, 12). El temor de Dios reverencial y filial, que el Sabio recomienda repetidas veces, es origen de innumerables bienes. Los que lo poseen pueden gloriarse de la amistad y protección de Dios, que inunda su alma de una alegría tan intensa, que repercute en el cuerpo disponiéndole para una feliz longevidad.

Los Salmistas se sienten inundados de inmensa alegría al contemplar las obras maravillosas del Creador, e invitan a todas las criaturas a regocijarse y alabar la bondad y omnipotencia divinas. Por su parte los Profetas describen llenos de júbilo la esperanza del Mesías, libertador del pueblo de Dios y de todos los hombres, fundador de un nuevo reino, en el que *multiplicaste, dice Isaías, la alegría, has hecho grande el júbilo* (9, 3). Efectivamente el reino que Cristo estableció en la tierra, consiste, dice San Pablo, *en la justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo* (Ro. 14, 17). Pero esta alegría propia del cristiano, merece capítulo aparte.

SEVERINO DEL PÁRAMO, S.J.